

28 FEB. 1935

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 8

M A D R I D

DICIEMBRE - 1934

El malestar de la democracia representativa

Por HAROLD J. LASKI

(Profesor de la London School of Economics and Political Science)

El problema de la democracia representativa se ha modificado de una manera definitiva como consecuencia de los acontecimientos ocurridos en los años de la postguerra. Es poco probable que nadie vuelva a defender su superioridad sobre las demás formas de gobierno en los términos que hubieran satisfecho a Jefferson o a Jeremías Bentham. Es evidente que cualquier opinión que deposite su confianza en el poder del sufragio universal y de las instituciones representativas, abandonado a sí mismo y sin ayuda externa, para asegurar el buen orden permanente de una comunidad, desconoce en alto grado la complejidad del problema. Semejante punto de vista no sólo exagera enormemente el poder de la razón sobre el interés en la sociedad, sino que, además, equivoca el carácter dinámico del objetivo que persigue la democracia representativa.

Volviendo la vista atrás, a una generación de distancia, hacia los triunfos de la democracia representativa en el siglo XIX, se ve claramente que aquéllos se debieron a la coincidencia de condiciones muy especiales. La amplia expansión de bienestar material realizada por los descubrimientos científicos hizo posible la concesión a las clases trabajadoras de un nivel de vida más elevado, sin que éste repercutiera en forma negativa sobre el nivel de vida que disfrutaban sus amos. También fué en su mayor parte negativo el carácter principal de los fines que se intentaba realizar por medio de la acción gubernamental. Los privilegios fueron derribados en aquellos dominios donde los establecía la ley, partiéndose del supuesto que la libertad de contratación entrañaría inevitablemente la igualdad social.

El establecimiento de cosas tales como la instrucción popular, el sufragio universal, la tolerancia religiosa y otras semejantes, brindaron a las masas un hondo sentido de grata emancipación, sin entrañar ninguna de las trágicas consecuencias que los adversarios de aquellos cambios habían vaticinado. Además, la esfera relativamente estrecha de las regulaciones gubernamentales hizo que los problemas políticos fuesen en su mayor parte no técnicos; de suerte que las discusiones políticas podían ser seguidas por la multitud, en tal forma que las mismas instituciones representativas convertíanse en verdaderos órganos de instrucción popular.

El ideal de independencia nacional tampoco había adoptado aún la forma en que su expresión económica pudiera dificultar seriamente las relaciones entre Estados; el desarrollo del capitalismo no había llegado todavía a implicar una tal intensidad de la interdependencia internacional que hiciese del Estado nacional una dudosa unidad de autoridad soberana. No había restricciones para la emigración a América; y en todo el mundo existían grandes áreas para la inversión de capitales, en las que el arriesgarse sin un plan coordinado parecía ofrecer todavía pingües y seguras ganancias. El Extremo Oriente aceptaba aún la dominación de Europa y de Norteamérica sin dar señales de una seria rebeldía; Africa iba abriéndose, ofreciendo la perspectiva de una riqueza libre de las trabas y limitaciones que imponen las leyes sociales. Quienquiera que repase la historia de la Gran Bretaña, pongamos por ejemplo, entre los años 1815 y 1914, no puede por menos de sacar la conclusión de que el prestigio del parlamentarismo victoriano se debió al concurso de circunstancias económicas peculiares, de las que según parece no cabe ya esperar la repetición.

Cualquiera que compare el optimismo complaciente de hace cincuenta años con el malestar institucional de nuestra época, no puede menos de advertir el contraste. Salvo los socialistas marxistas, casi todo el mundo creía franco el camino para el triunfo de la democracia representativa, cuando menos en la civilización occidental, y hasta—según solía creerse—en todos los países, a medida que el proceso de educación completara su misión. La libertad de expresión, la imparcialidad judicial, la libertad de emigración, eran cosas altamente estimadas; los estadistas parecían ser realmente dueños de las fuerzas que tenían por función dominar. Los impuestos eran poco elevados; y aun se aceptaba la leyenda según la cual la libertad de contratación había instaurado la igualdad de oportunidades. Poco quedaba de aquella crítica pesimista que hacia el año 1840 fuera el tema central, no sólo de Marx y Engels, sino de hombres tan distintos como Carlyle y los jóvenes conservadores ingleses, para quienes *Sybil*, de Disraeli, parecía una profecía. El socialismo era todavía más bien una conspiración que un movimiento. Los sindicatos obreros no habían conquistado aún en parte alguna posiciones de importancia primordial en el Estado. Los hombres que realmente contaban ante la opinión pública, parecían diferir entre sí tan sólo en detalles secundarios de la filosofía social.

Si bien existían rivalidades nacionales, no parecía haber razón alguna para dudar de que las grandes líneas del desarrollo institucional se habían trazado ya de manera definitiva.

Nadie tiene ahora esa confianza. Lo único que cabe afirmar subsiste todavía de los ideales políticos victorianos es el eclipse irremediable de la aristocracia, y el reconocimiento de que no hay Iglesia que pueda dominar la vida de una nación. Los partidarios del *laissez-faire* no han tenido más remedio que admitir que la libertad de contratación no significa nada mientras no exista la igualdad de poder adquisitivo. El Estado nacional ha llegado a ser, como entidad soberana, completamente incompatible con la existencia de una comunidad mundial muy intrincada e interdependiente. El precio de la paz social ha llegado a convertirse en un volumen de administración social tan costoso que abrumba y hunde a las legislaturas nacionales, y ha transferido el Poder político efectivo al Ejecutivo, del cual el Parlamento ya no es apenas otra cosa más que el órgano registrador.

La materia misma de la legislación es hoy de un tecnicismo tal, que una gran parte de su significado es ininteligible para la multitud; y es tan extensa que apenas hay tiempo para que sobre sus principios esenciales pueda arrojarse la luz de la discusión pública. El Oriente se rebela contra la tutela occidental. El derrumbamiento de las divisas y el ideal de autarquía económica en el Estado nacional han acabado en todas partes con la libertad de comercio y de migración. Los impuestos son en todos los países tan elevados, que cada nuevo experimento social altera necesariamente el modo de vivir de la reducida minoría que en todo Estado controla las fuentes básicas del poder económico. En muchos países se ha abandonado abiertamente el ideal de la democracia representativa; y aquel anhelo de libertad que fué una característica del período victoriano se halla en baja por doquier. El Socialismo en la Europa occidental ha llegado a ser, casi universalmente, la oposición esencial a los partidos burgueses; y esto es significativo, sobre todo porque su concepto de la sociedad es antitético al ideal que combate.

Si bien los sindicatos obreros en Europa no han alcanzado la amplitud y el poder que parecían posibles en 1919, su inmersión creciente en la política es una expresión vital de que las condiciones han cambiado. Urge, por otra parte, comprender de qué modo tan absoluto ha llegado a ser la política exterior de los Estados un medio de expresión de los grandes intereses capitalistas por los que se halla controlada cada una de las comunidades políticas. El petróleo, el carbón, el acero, las altas finanzas, son imperios que utilizan los mecanismos políticos para la expresión del solo propósito de lucro que representan; y por ser de escala mundial sus operaciones, no hay Estado que permanezca fuera de la órbita de su influencia. Las relaciones internacionales han llegado a ser una función de las costumbres del imperialismo económico. Si la guerra representa superficialmente a los Estados nacionales en colisión, tras de los legendarios símbo-

los se libra una lucha entre grupos competidores de capitalistas que buscan el acceso al poder económico.

La democracia representativa parece haber acabado en un callejón sin salida. Y pocos de los remedios que para subsanar sus dificultades fueron ideados por los pensadores del siglo XIX parecen ni en lo más mínimo adecuados para su cura. El decir que los hombres mejores no toman parte en la vida política, que es peligroso conceder el voto a masas ineducadas, que nuestros métodos electorales son ilógicos y absurdos, que necesitamos más técnicos, o mejores informes, que los partidos subordinan los intereses nacionales a los particulares, y que el Gobierno interviene demasiado, o demasiado poco, en la vida pública, no es decir nada; ninguna de estas explicaciones roza siquiera la superficie del problema. ¿Quiénes son los mejores hombres? ¿Qué es una persona educada? ¿Quién puede afirmar que la estricta lógica del sistema electoral alemán produce resultados de gobierno más adecuados que los del sistema británico? ¿Quién se atrevería a decir, con un criterio objetivo, cuándo la actuación de un partido es hostil a los verdaderos intereses de toda la comunidad? ¿Hay un solo tema vital de política gubernamental—los aranceles, el desarme, las divisas, los jornales—sobre el cual los peritos sean capaces de ponerse de acuerdo? Todos estarán conformes en considerar deseable una mejor información. Pero en presencia de intereses tan profundamente antagónicos como los que dividen el Estado moderno, ¿quién va a interpretar esa información de un modo tan desinteresado que logre el aplauso general para la política que haya de inspirar?

Se habla de reorganización institucional; pero es inútil reorganizar las instituciones a menos de que la comunidad esté de acuerdo sobre los objetivos que ha de perseguir esa reorganización. El pedir más o menos gobierno carece de sentido mientras no se especifique también la clase de sociedad que se propone construir. Todos los proyectos de mayor o menor intervención legal en la vida social deben asentarse sobre una visión clara de la conducta de los negocios públicos; y esa visión está en gran parte ausente en las afirmaciones de uno y otro bando.

Para cualquiera que, como yo, acepte el ideal de una sociedad democrática, por considerarlo preferible a toda otra alternativa, el hecho esencial que se desprende de la situación actual es que no existen las condiciones en que pueda funcionar semejante sociedad. Al hablar de sociedad democrática quiero decir aquella en la que los resortes de la política no estén inclinados en favor de ningún sector particular de la comunidad; en la que, por lo tanto, el interés de cualquier individuo en el funcionamiento del Estado es aproximadamente igual al de cualquier otro. Creo, con Tocqueville, que la evolución de la sociedad representa una lucha perpetua en pro del establecimiento de esa igualdad; y, por lo tanto, que la fuente del malestar que estamos presenciando es la incapacidad para el principio de igualdad de encontrar su expresión en un sistema de insti-

tuciones que le niegan toda posibilidad de entrada efectiva. Me propongo ilustrar esta situación analizando la de las instituciones democráticas en la Gran Bretaña—principalmente porque las conozco más a fondo—, y sacando de ese análisis algunas deducciones generales.

La situación británica es de una sencillez consubstancial. La Gran Bretaña se convirtió durante el siglo XIX en la primera nación industrial del mundo, por ser el primer pueblo en aprovecharse de los resultados de la revolución que se había producido en la técnica manufacturera. Hasta el año 80 del siglo pasado no hubo quien discutiera su predominio; y sus industriales y negociantes pudieron otorgar todas las concesiones que les pedían los obreros organizados, sin perder su facultad de competir ventajosamente con sus rivales en los mercados del mundo. Pero esta posición se fué debilitando paulatinamente a medida que surgían competidores, ya que los aranceles proteccionistas hacían cada vez más difícil el penetrar en nuevos mercados, e incluso el retener los antiguos. El sufragio universal exigía un volumen siempre creciente de legislación social, como precio que había de pagarse a cambio de los favores del cuerpo electoral. El período de la postguerra no hizo más que aclarar una situación cuyas líneas generales podían vislumbrarse ya, de manera decisiva, bajo el gobierno liberal, en la etapa que va de 1906 a 1914. Y dicha situación venía a concretarse en esto: que con una carga abrumadora de deudas y un mercado siempre menguante para las exportaciones, el nivel de vida alcanzado antes de la guerra sólo podría mantenerse para la comunidad en conjunto si los que poseen la propiedad aceptaban renunciar a su posición privilegiada, y admitían que sus ingresos sufrieran la merma de unos impuestos crecientes, con el fin de ofrecer a los que carecen de bienes de fortuna ciertas comodidades que éstos no podían adquirir con sus solos jornales.

La decadencia del liberalismo y el aumento del Partido Laborista se deben al hecho de que los elementos directores del Partido Liberal eran, ellos también, poseedores de bienes, amenazados por las peticiones del Laborismo al Estado. La tendencia creciente entre los liberales a pasarse a las filas conservadoras surgió en cuanto se dieron cuenta de que ambos partidos por igual veíanse amenazados por la pujanza de un partido socialista; al comprender que, si éste hallaba el paso libre, los intereses creados de una sociedad capitalista habrían de ser atacados en su misma raíz. Los liberales estaban dispuestos a discrepar de los conservadores sobre materias de importancia secundaria, mientras unos y otros estuviesen de acuerdo en cuanto al carácter fundamental de la sociedad; y por carácter fundamental entendían la propiedad privada de los medios de producción, sobre la base del lucro para el que los explota. Tan pronto como el Socialismo alcanzó la posibilidad de alternar con los demás partidos en la gobernación del Estado, los liberales se unieron a sus rivales históricos para proteger el sistema de propiedad privada de los ataques que contra él se iniciaban en nombre de la igualdad.

Esta alteración sufrida por la disposición de las fuerzas políticas agrupadas en los partidos tendrá, sin duda, repercusiones importantes en la situación constitucional. El éxito del sistema parlamentario británico tuvo por base el hecho de que los dos grandes partidos turnantes en la gobernación del Estado se hallaban de acuerdo en aceptar mutuamente su respectiva legislación, ya que ni uno ni otro modificaba las líneas esenciales del sistema económicosocial en el que los intereses de ambos estaban empeñados. Con el crecimiento del Partido Laborista y su advenimiento al posible ejercicio del poder, se ha producido una situación completamente distinta. El Partido Laborista aspira a transformar la sociedad capitalista en una sociedad socialista. Por lo tanto, trata de atacar directamente, por medio del Parlamento, la posesión de los medios de producción por aquellas clases que constituyen los cimientos de las fuerzas conservadoras y liberales. Sus principios se hallan en contradicción directa con los de sus rivales. Niega la validez del orden social entero mantenido por el siglo XIX. ¿Cabe dentro de lo probable que el Partido Laborista alcance sus objetivos en la forma pacífica y constitucional que caracterizó la época victoriana?

Nadie que no sea un comunista se atreverá a profetizar sobre esta materia con certeza. Se advertirá, desde luego, que un cambio relativamente tan pequeño como el que entrañaba la concesión de la autonomía a Irlanda estuvo a punto, en 1914, de arrastrar a la Gran Bretaña a una guerra civil. No dejará de influir en nuestra opinión el recuerdo de que la transferencia de poder de manos del rey a las del Parlamento en el siglo XVII hubo de costar una guerra civil y una revolución antes de poder completarse. No puede olvidarse tampoco que el desposeimiento de una clase gobernante rara vez se ha efectuado sin violencia. Un cambio en los métodos esenciales de producción, como el que persigue el Partido Laborista, entraña cambios en las instituciones legales y políticas que son, literalmente, fundamentales. Por muy generosa que sea la compensación para los que han puesto en esa transformación sus esperanzas, la intervención de tantos intereses creados predicada por el programa laborista, es trascendental. ¿Es que cabe suponer que los dueños de la propiedad van a aceptar la destrucción pacífica de sus posiciones en el Estado?

Y no es esto todo. Aun cuando tardase mucho tiempo el Partido Laborista en conquistar el Poder, la situación en que se encuentran las fuerzas conservadoras no es en modo alguno cómoda. En el curso de los últimos treinta años ha nacido el Estado de los servicios sociales; y el coste de su mantenimiento es muy elevado. La carga de las deudas de guerra, la mengua del comercio de exportación, las crecientes exigencias de autonomía en la India, todo ello viene a intensificar el peso de aquel gravamen. Si el conservadurismo ha de mantener el predominio de quienes dirigen su política, tendrá que ser a expensas del nivel de vida logrado por la clase trabajadora en el curso de la última generación. Realizar economías en cosas como los servicios sociales equivale a correr el riesgo de una vic-

toria laborista; no realizarlas equivale a poner en peligro la facultad, para los capitalistas británicos, de producir a un precio que les permita competir en los mercados extranjeros.

La posibilidad de realizar economías en otros capítulos de gastos—por ejemplo, en los armamentos—ha de ser muy escasa durante mucho tiempo aún, simplemente porque la situación de intranquilidad reinante en Europa y en el Extremo Oriente no ofrece el sentimiento de seguridad necesaria para el desarme. El drama de una crisis monetaria, como ocurrió en 1931, podría galvanizar la nación y obligarla a un sacrificio pasajero; mas esto no haría sino retrasar la discusión del problema de la igualdad, y no implicaría renunciar a ella. Tarde o temprano, la Gran Bretaña tiene que hacer frente a la cuestión de saber si va a ajustar su constitución económica y social a la democracia política de la que depende su constitución legislativa.

El observador que trate de analizar los diversos aspectos de esta situación habrá de comprender que, de cualquier manera, es inevitable un reajuste a fondo de las instituciones. La posición de la Cámara de los Lores es incompatible con las aspiraciones del Partido Laborista. Los procedimientos de la Cámara de los Comunes son totalmente inadecuados a las necesidades de un Estado positivo. La reconstrucción de ciertas comarcas y las funciones de la administración local son problemas de urgente solución si es que se quiere llegar a una descentralización eficaz; y sin esa descentralización no habría reforma del Parlamento que lo dejase en condiciones adecuadas para las tareas que ha de realizar. Los principios y la administración toda del Derecho común, por otra parte, están concebidos en términos que niegan hasta la misma esencia de una sociedad igualitaria; su reforma es asimismo imprescindible si es que la realización de esa sociedad ha de tener algún sentido. En una palabra, nadie podrá apreciar todo lo que implica la transformación de la estructura institucional existente sin darse cabal cuenta de cuán gigantesca es la tarea que supone su reconstrucción.

Tampoco debemos omitir el aspecto internacional de la cuestión. No solamente la Gran Bretaña se halla entrelazada en un sistema económico mundial cuyas normas dictan las suyas propias, sino que forma asimismo parte de un sistema político mundial cuyas rivalidades afectan, en cada punto, el carácter de su propia política. Una revolución en Alemania, una guerra entre Francia e Italia, una agresión del Japón contra Rusia, una rebelión en la India, podrían modificar considerablemente la situación en que se encuentra actualmente. Y sus reajustes económicos son peculiarmente costosos, debido a las costumbres sociales hondamente arraigadas que vienen a perturbar. El *laissez-faire*, en el sentido victoriano del vocablo, ha muerto. Las formas modernas de regulación entrañan para la Gran Bretaña problemas que llegan hasta la misma raíz de esa curiosa combinación de democracia política y control social aristoplutocrático a

la cual, hasta la fecha, ha venido entregando su destino. Todas sus costumbres esenciales: tolerancia, ausencia de plan deliberado, tranquila lentitud en el ajuste de las cosas a nuevas condiciones, se hallan amenazadas por los cambios rápidos en la técnica económica a los que obliga la revolución científica en la industria moderna.

La naturaleza misma de esos rápidos cambios, además, va quitando importancia a las instituciones representativas históricas; le lleva a uno a preguntarse si la democracia política no ha llegado demasiado tarde para poder controlar en su conjunto el proceso con que tiene que enfrentarse. En efecto: los procedimientos, lentos y dilatorios, de la discusión parlamentaria, son harto tardos para los requerimientos de las decisiones económicas. Tienden tan sólo a registrar acuerdos logrados fuera de la Asamblea legislativa. El Parlamento británico no hubiera podido controlar la acción de los banqueros que provocó la crisis de 1931. El movimiento financiero había determinado el curso de los acontecimientos mucho antes de que la Cámara pudiera convocarse para hacer frente a las cuestiones que ese movimiento implicaba. Nadie supone tampoco que el Parlamento pudiera encargarse de controlar en sus detalles los procesos industriales; todo lo más que puede hacer es limitarse a los grandes problemas de carácter general. Y esto suscita la cuestión de saber si, en el caso de que el movimiento hacia una sociedad igualitaria, basada en principios socialistas, vaya adquiriendo fuerza e impulso, el público representado actualmente en la Cámara de los Comunes no va a encontrarse—debido a la misma naturaleza de sus problemas—disuelto en una larga serie de públicos especiales, mucho más dispersos políticamente, con menos cohesión entre sí, que bajo el mecanismo de precios de la actual sociedad capitalista.

También puede ocurrir que la evolución no se produzca en el sentido de una sociedad igualitaria. En tal caso, la desproporción entre la democracia política y la oligarquía económica será todavía más chocante que ahora. Porque sólo el advenimiento de una prosperidad económica repentina e inesperada podría permitir a esa oligarquía el satisfacer las necesidades de la democracia política. Las características del capitalismo, templado por una regulación espasmódica, especialmente en una sociedad proteccionista, son en todas partes las mismas. Significan privilegios especiales, en términos del poder de que disponen los diferentes grupos. Significan también, ahí donde se trate de inversiones de capitales en el Extranjero, la utilización del Estado por la clase en cuyo exclusivo beneficio se hacen dichas inversiones, cuando esa clase es suficientemente numerosa, o rica, o hábil en su propaganda para el empleo de los recursos del Estado en los fines habituales del imperialismo. Los Tribunales y el Parlamento se utilizan para proteger los privilegios derivados de la desigualdad contra el asalto de los que carecen de todo privilegio. Es inevitable que en semejante sociedad surja el conflicto.

De todo lo que antecede, saco la conclusión de que el éxito del sistema parlamentario británico se debió a la posición económica privilegiada lograda por la Gran Bretaña en el curso de la revolución industrial; y que dicho éxito deviene rápidamente muy dudoso a medida que desaparece esa posición privilegiada. Es cierto, indudablemente, que la tenacidad del constitucionalismo británico le confiere una mayor probabilidad de supervivencia que en otros países donde la tradición está menos hondamente arraiga: en Francia, por ejemplo, o en Alemania, o en Italia. Pero aquel éxito, según creo haber demostrado, fué el resultado de estos hechos: 1) que las concesiones entonces exigidas fueron principalmente de carácter negativo; 2) que pudieron otorgarse sin resultar excesivamente costosas a los que las otorgaban, y 3) en una época en que la masa de la población no se hallaba organizada en partidos divididos por diferencias definitivas de puntos de vista económicos.

Ninguna de esas condiciones subsiste hoy día. La situación privilegiada de la Gran Bretaña ha desaparecido, y todo permite creer que para no volver. Las concesiones que hoy se piden alteran fundamentalmente la posición de la clase que domina el sistema económico; sólo pueden otorgarse al precio de la eventual desaparición de esa clase. Además, la división entre partidos queda determinada, cada vez más, por una diferencia vital de puntos de vista sobre materias de constitución económica; han llegado a la discusión fundamental de los derechos de propiedad en la comunidad social. Una voz altamente autorizada nos advierte que, en tales circunstancias, las tradiciones clásicas de la política británica se hallan, por la misma naturaleza de las cosas, gravemente comprometidas (1).

III

Este análisis de la situación en la Gran Bretaña puede razonablemente extenderse a una generalización más amplia. Para que un Estado realice el bien común, es necesario que se edifique sobre las condiciones que hacen posible el logro de ese bien común. Ahí donde las reivindicaciones de sus componentes en cuanto a los resultados del proceso social son de una manifiesta desigualdad, un conflicto no podrá aplazarse sino mientras tanto los que no ven satisfechas sus reivindicaciones, o sólo en menor grado, tengan la constante creencia de que las diferencias existentes se hallan claramente relacionadas con las exigencias de ese bien común. En cuanto esa creencia cese de ser compartida de un modo general, faltará en la sociedad ese acuerdo sobre principios fundamentales que hace posible el funcionamiento eficaz del gobierno representativo.

(1) Bagehot, *The English Constitution* (edición de los "World's Classics"), con prefacio de Lord Balfour, págs. XXII y siguientes.

En el mundo entero, durante el siglo XIX, la democracia política triunfó porque asociaba la abolición de los privilegios con un creciente bienestar económico para la masa de la población en las naciones occidentales. Se creía generalmente que a medida que las masas, por medio de las instituciones representativas, fueran haciéndose las dueñas de su propio destino, las actividades del Estado representarían cada vez más el bien general. Los hombres no se daban cuenta del carácter especial de las condiciones que hacían posible ese éxito. Tales condiciones dependían de las crecientes ganancias económicas proporcionadas por América y de la explotación imperialista de las razas de color. Una vez que se hubo llegado al punto de saturación en América, y que el Oriente empezó a oponer resistencia a la dominación de los blancos, las condiciones quedaron modificadas.

Entonces se puso de manifiesto que el mejorar las condiciones de vida de las masas implicaba un ataque a los privilegios económicos y la consiguiente reorganización del orden económico. Ahora bien; los privilegios políticos sólo se habían abolido a condición de que el tipo de vida de quienes poseían las fuentes efectivas del poder económico no se alterasen. El nuevo movimiento—que la guerra de 1914, más que iniciar, puso brutalmente de relieve—era un reto que ponía en tela de juicio, precisamente, aquella condición. La democracia representativa se hizo inestable porque ya no existía acuerdo entre las clases gobernantes y la masa del pueblo, ni sobre los fines que la democracia debía perseguir, ni sobre los medios y maneras de perseguirlos.

La situación en la cual nos hallamos había sido prevista, de un modo impresionante, por Tocqueville, en un párrafo al que no se ha prestado la atención que merece. "El pueblo—escribió—había tratado primero de lograr sus aspiraciones cambiando cada una de las instituciones políticas, pero tras de cada cambio se encontraba con que su situación no había mejorado en modo alguno, o que sólo mejoraba con una lentitud en absoluto incompatible con la vehemencia de su anhelo. Inevitablemente había de descubrir, más tarde o más temprano, que aquello que le mantenía fijo en su situación no era la constitución del gobierno, sino las leyes inalterables que constituyen la sociedad misma; y era natural que llegara a preguntarse si no tenía a la vez el poder y el derecho de alterar esas leyes, del mismo modo que había cambiado todo lo demás."

Esta es la cuestión que el Socialismo plantea rotundamente a la civilización moderna; y, desde luego, que le plantea con una intensidad especial y dramática el experimento ruso. El malestar de la democracia representativa se debe al hecho de que las clases gobernantes se niegan a modificar en desventaja suya las características esenciales de la sociedad capitalista. Esa negativa sólo puede mantenerse sobre la base de que sean capaces de lograr mejoras económicas en medida y con un ritmo suficientes para satisfacer las peticiones de los trabajadores. Semejante capacidad es imposible dentro de las condiciones modernas. Porque depende de que la

sociedad capitalista pueda también realizar sus pretensiones sin tropezar con el obstáculo constante de fines no económicos.

En efecto; una sociedad capaz de ajustar sus actividades y relaciones en términos de una mecánica de precios, puramente objetiva, podría ignorar las consideraciones de tipo subjetivo, especialmente las de carácter ético. Pero esto no es posible en la civilización occidental. La política estatal responde a requerimientos de un tipo no económico, con los que tiene que contar de un modo constante. Los políticos no se atreven a ofender a un grupo poderoso de fabricantes; la opinión pública les obliga a reglamentar los precios, o los jornales, o las horas de trabajo; a la vez tienen que tratar de proteger a la sociedad contra los peligros de un monopolio. Cualesquiera que sean las causas, el libre juego del mercado ya no controlará los resultados con que nos encontramos. El abandono del *laissez-faire* significa la necesidad del control social.

Mas en cuanto se admite esta necesidad, no hay medio de eludir el problema de la igualdad económica. Mientras tanto existan diferencias en la recompensa del esfuerzo, y privilegios en el logro de esas diferencias, es natural e inevitable que los hombres traten de averiguar las causas de esas diferencias y la justificación de esos privilegios. Es natural que pregunten por qué ha de ejercerse el control social de tal modo que sólo beneficie a unos pocos; y es no menos natural que insistan, cada día más, en que ese control social se ejerza en beneficio de los más. Para conseguir esto, desde luego, es preciso que se opere una transmutación de los valores, pues ello entraña la satisfacción de necesidades en términos distintos a los de las exigencias económicas efectivas.

En suma, se ha llegado a un momento en que se pide a la democracia representativa que resuelva el problema realizando, paralelamente a la igualdad política que consiguió, una igualdad económica correspondiente. Para lograrlo por medios constitucionales, tiene que pedir a quienes detentan el poder económico que abduquen voluntariamente su posición de predominio. Una petición tan preñada de consecuencias de largo alcance no suele ser bien recibida; y es indudable que a la mayor parte de aquellos a quienes va dirigida, les parece un intento de echar abajo los cimientos naturales del orden social. Tienen de su parte las fuerzas coactivas, y desde el punto de vista psicológico es fácil comprender que se encuentren dispuestos a luchar antes que ceder.

En cualquier sociedad, desde luego, el Estado pertenece de hecho a los que detentan el poder económico; y sus instituciones actúan naturalmente, al menos en la mayor parte de los casos, en beneficio de ellos. Pero al establecerse la democracia política, éstos ofrecen a las masas la potencialidad de conquistar el mecanismo político y de emplearlo en suprimir las desigualdades a que da lugar el régimen económico. Donde esto ocurre, se pide a los privilegiados que cooperen en la abolición de las ventajas que disfrutan. Rara vez han brindado semejante cooperación deli-

beradamente o de buen grado; y por lo general ha sido necesario establecer a la fuerza un nuevo orden legal, en el cual las instituciones permitan las adaptaciones necesarias.

Parece probable que nos hallemos en vísperas de una situación de esta índole. Es significativo que la rivalidad de los nacionalismos económicos competidores haga aparentemente imposible el logro de aquella seguridad política que es condición necesaria para todo equilibrio económico. La carencia de seguridad política, especialmente en el período que sigue a una guerra, obliga a unos gastos abrumadores, entre deudas y armamentos, que constituye un obstáculo para toda perspectiva de mejoras materiales. En efecto: reduce el comercio, disminuye la acumulación de capital esencial, y eleva los impuestos en tal proporción que los servicios sociales se ven amenazados en su misma base, por razón del coste que su mantenimiento o desarrollo supone para las clases gobernantes.

Además, la reducción de los intercambios comerciales origina el paro forzoso; y el mundo presencia el espectáculo de un enorme ejército de hombres sin trabajo que, siendo partícipes del poder político, sienten la inevitable tentación de utilizarlo para protegerse contra la miseria. En tales condiciones, las diferencias que separan a los hombres adoptan un carácter definitivo; la perspectiva de poder zanjar esas diferencias por cauces de razón en vez de por medios violentos se hace extraordinariamente difícil. Mas la tesis de la democracia representativa es, precisamente, que se acepte de buen grado el veredicto de la razón que logre salir victorioso de la consulta electoral. Puede ser que, al darse cuenta de los peligros que entraña hoy día la aplicación de la violencia a la solución de los problemas sociales, nuestra generación actúe de modo diferente a las que la precedieron. Pero es todavía difícil, para quien otee el horizonte político, vislumbrar esperanzas de que así haya de suceder.

CARACTER DE LA GUERRA EN EL REGIMEN 'CAPITALISTA

En un próximo número publicaremos la continuación de este artículo del comandante retirado A. García Pelayo, cuya primera parte apareció en el número de noviembre.

José Ortega y Gasset: profeta del fracaso de las masas

Por LUIS ARAQUISTAIN

I

El filósofo consiente.

Tengo noticia de que unas frases interpoladas por José Ortega y Gasset en un prólogo a una nueva edición de su *España invertebrada* (1934)—frases recogidas y comentadas por nuestro colaborador Carmona Nenclares en el número de noviembre de esta Revista—han producido inusitado y vehemente disgusto en algunos de sus lectores habituales y también en otros ocasionales o adventicios, que hasta ahora solían recibir las lucubraciones de este escritor con callada resignación o piadosa indiferencia. Las frases son las siguientes:

“Debo decir que a mí, de todas esas ideas (las del mencionado libro), las que hoy me interesan más son las que todavía siguen siendo anticipaciones y aun no se han cumplido ni son hechos palmarios. Por ejemplo: el anuncio de que cuanto hoy acontece en el planeta *terminará con el fracaso de las masas en su pretensión de dirigir la vida europea*. Es un acontecimiento que veo llegar a zancadas. Ya a estas horas están haciendo las masas—las masas de toda clase—*la experiencia inmediata de su propia inanidad*. La angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío las curarán *de la atropellada petulancia* que ha sido en estos años su único principio animador. Más allá de su petulancia descubrirán en sí mismas un nuevo estado de espíritu: *la resignación*, que es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar” (1).

Estas ideas, como el autor las llama impropriamente, porque no son intuición inmediata de algo que está en la realidad externa o en nuestra propia conciencia, que es lo típico de la idea, sino que aluden a lo que aun no existe, a lo que está en el vientre problemático del futuro, por lo que sería más exacto llamarlas profecías, pronósticos, horóscopos o presagios, y más concorde además con la mentalidad pitónica y mágica, de vate o adivino, de taumaturgo u oráculo, más que de filósofo, de este coruscante

(1) *España invertebrada*, 1934. Págs. XXIII-IV.

escritor; estas profecías, pues, ni son nuevas en él ni están expuestas más vigorosamente que en otras ocasiones por el propio augur.

Hay que reconocérselo: nadie le podrá inculpar con justicia de inconsecuencia íntima. Su pensamiento, como hemos de ver, se desarticula con frecuencia en contradicciones monumentales, que rompen la unidad y la consistencia de sus castillos ideológicos, que son casi siempre ingrátidos castillos en el aire. La lógica racional, la actividad intelectual, no es su fuerte. Ni hay para él menoscabo en que así sea, porque su prestigio, que nadie podrá negar, se funda en otras calidades sugestivas, mejores o peores, pero distintas. En cambio, su lógica vital, como él la llamaría, su actitud ante la vida es de una atroz consecuencia.

Toda su "filosofía" está ya en sus primeros artículos y ensayos, hasta con las mismas palabras y metáforas, que se han de repetir monótonamente a lo largo de su obra. Acaso esto explica el esfuerzo que este escritor exige para ser leído, no por profundo y árido, que no lo es, sino, al contrario, más bien de poca sonda y de suficiente amenidad. A pesar de lo cual cuesta mucho trabajo leerle seguidamente, sin duda por una razón: porque su obra no fascina y arrastra con la fuerza de un organismo que crece y se transforma maravillosamente, como un ser vivo, sino que pesa y fatiga como una fórmula que se repite y quiere ser demostrada sin cesar.

La fórmula es el primado de la vida sobre la razón: que la razón es para la vida y no la vida para la razón; que en el origen y en el fin del Estado, de la nación, de todas las instituciones humanas y de la existencia individual está, o debe estar, la vida y no la razón; que cuando se pone por delante la razón, que es igualitaria y utópica, y quiere substituir a las jerarquías de la vida, que esencialmente sólo da masas y minorías selectas, todo fracasa y se hunde: Estados, naciones, civilizaciones. La fórmula, con sus pretensiones de novedad y a pesar de algunos de sus ilustres renovadores alemanes, es, más que vieja, arcaica, como espero probar en este estudio, y en su aplicación a la política es romántica, regresiva, o para decirlo con una palabra poco exacta, pero muy expresiva y cuyo sentido todo el mundo comprende: reaccionaria; es decir, en último extremo: una fórmula antivital.

Esta paradoja o contrasentido explica tal vez la escasa adhesión que el pensamiento de Ortega y Gasset suscita, salvo en ciertas zonas del alma burguesa desesperanzada o desesperada de una Europa y una América para quien "la rebelión de las masas" es la causa de todos los males presentes, como nuestro autor enseña. Sin embargo, para la inculta y montaraz burguesía española este paladín de la contrarrevolución y de la antirrevolución todavía es demasiado revolucionario; pero ya le descubrirá algún día.

Nuestro filósofo ha sido siempre leal a sí mismo, salvo en dos fugaces momentos. Uno fué allá por 1910 ó 1911, cuando con otros escritores peroraba en los mítines de un partido republicano español. Fué su sarampión

revolucionario. Pero se curó pronto. En 1914 habla de los que "no hemos sido nunca republicanos, o lo hemos sido, como muchos compatriotas nuestros, pasajeramente, en una hora de mal humor" (1). El otro fué un poco más tarde. El socialismo—viene a decir entonces en un artículo—es una nueva forma de aristocracia. Parecía que él, aristócrata del cerebro, se iba a adscribir al socialismo. Pero no. Si lo otro ocurrió en una hora de mal humor, en una hora de buen humor debió escribir esto. En 1914 ha rectificado y el sindicalismo y el socialismo son "credos dogmáticos con todos los inconvenientes para la libertad que tiene una religión doctrinal" (2). Poco después descubre que el capitalismo es el medio natural y paradisiaco para las minorías selectas: unos fabricantes de papel en todas sus formas y contenidos—papel para imprimir y papel ya impreso, como periódico y como libro—le nombran mentor de varias de sus empresas. Ahí se acabó el socialismo aristocrático. Pero salvo estos dos breves deslices sin importancia, su lealtad a sí mismo ha sido ejemplar.

Sus "ideas" sobre las masas no son de ahora. Todavía en 1914 las llama, refiriéndose a las españolas, "esas pobres grandes muchedumbres dolientes" (3). Quería redimir las. He aquí su programa bucólico: "Vamos a recorrer los campos en apostólica algarada, a vivir en las aldeas, a escuchar las quejas desesperadas allí donde manan; vamos a ser primero amigos de quienes luego vamos a ser conductores" (4). Pero todo esto es simulación retórica. Nadie va a los campos en "apostólica algarada"; a lo sumo, como turistas. Nadie va a vivir en las aldeas; los consejos de administración de las sociedades anónimas están en las ciudades. Y la amistad que iba a forjarse entre la masa y sus conductores se malogra antes de nacer.

Pocos años más tarde—siete u ocho—, el pastor está desilusionado e irritado con la grey indisciplinada. En tan poco tiempo ha llegado a esta tremenda conclusión: "La rebelión sentimental de las masas, el odio a los mejores, la escasez de éstos—he ahí la raíz verdadera del gran fracaso hispánico" (5). La égloga de 1914 parece en 1922 un anatema de Isaías: "Pero, como en estas páginas queda dicho, las masas, una vez movilizadas en sentido subversivo contra las minorías selectas, no oyen a quien les predica normas de disciplina. Es preciso que fracasen totalmente para que en sus propias carnes laceradas aprendan lo que no quieren oír" (6). Esta es la pedagogía del escarmiento y del loco por la pena es cuerdo, por obra fecunda del fracaso. "El dolor y el fracaso crean en las masas una nueva actitud de sincera humildad, que les hace volver la espalda a todas aquellas ilusiones y teorías antiaristocráticas" (7). ¿Y qué les queda entonces de frente? Entonces "el

(1) *Vieja y nueva política*. En la Colección de sus *Obras*, pág. 103.

(2) *Vieja y nueva política*. *Obras*, pág. 93.

(3) *Idem*, pág. 86.

(4) *Vieja y nueva política*. *Obras*, pág. 101.

(5) *España invertebrada*, 1922. Pág. 166 de la edición de 1934.

(6) *Idem*, pág. 167.

(7) *España invertebrada*, pág. 104.

hombre siente un increíble afán de servidumbre. Quiere servir ante todo: a otro hombre, a un emperador, a un brujo, a un ídolo... Tal vez el nombre que mejor cuadra al espíritu que se inicia tras el ocaso de las revoluciones sea el de espíritu servil (1).

Como se ve, este ciclo fatal por que pasan las masas—rebelión, fracaso, dolor, resignación, humildad, servidumbre—no lo ha inventado ahora Ortega y Gasset. Lo viene repitiendo desde hace años. ¿Pero por qué ahora, y no antes, sus opiniones sobre esta materia comienzan a suscitar una reacción polémica en España? El hecho merece ser analizado.

El filósofo de
moda.

Discrepantes los tuvo siempre, pero rara vez en público. Pocas veces un escritor gozó como él las mieles de la admiración patidifusa, sin reservas mentales y sin contradictores. Fué el "filósofo" de moda. Sus conferencias formaban parte de los programas del "gran mundo". Su auditorio estaba compuesto de todos los petimetres de la cultura, de ambos sexos y con preponderancia del femenino, *snoobs* ociosos y pedantuelos que se imaginaban personificar la doctrina de las minorías selectas, a fuerza de oírse la al maestro; los que quedaban fuera de la sala de conferencias eran la masa vil. Años encantadores para el renacimiento filosófico en España. Las duquesas tomaban lecciones de filosofía con los edecanes del maestro, alternándolas con las de equitación, y las condesitas—nuevas preciosas ridículas—corrían a pedir en las librerías la "Psicología, Lógica y Ética" de Platón, confundiendo cómicamente la especie con una asignatura del antiguo bachillerato, de que habían oído hablar a sus primeros novios.

Pero muy pocos se aventuraban a contradecir públicamente al pensador egregio, ápice de la más selecta de las minorías selectas, y cuando alguien incurría en la candidez o la osadía de hacerlo, como en una ocasión Salvador de Madariaga, el castigo era fulminante y ejemplar. Contradecirle era una prueba de estupidez, de incomprensión, de rencor o de envidia. En alguna parte dice que "vivimos un tiempo de *chantage* universal que toma dos formas de motín complementario: hay el *chantage* de la violencia y el *chantage* del humanismo. Con uno o con otro se aspira siempre a lo mismo: que el inferior, que el hombre vulgar pueda sentirse eximido de toda supeditación" (2). Pues bien: hay otra forma de *chantage* todavía más intolerable, y es el del hombre que se otorga a sí mismo patentes de superior, de selecto, de eminente, de excelente, para que nadie le discuta, sin duda porque conoce o presiente la endebles y carencia de originalidad de su doctrina, y temeroso, además, de ser desenmascarado como autor de una filosofía que, en lo que algo vale, no es suya, atribuye de antemano a bajeza o resentimiento toda exégesis o contradicción posibles.

(1) *El tema de nuestro tiempo*, 1922. Obras, pág. 810.

(2) Obras, pág. 1177.

Un ejemplo de esta forma de *chantage*: "Pero lo mismo acontece si le da por ser revolucionario: su aparente entusiasmo por el obrero manual, el miserable y la justicia social, le sirve de disfraz para poder desentenderse de toda obligación—como la cortesía, la veracidad y, *sobre todo, sobre todo, el respeto o estimación de los individuos superiores*. Yo sé de no pocos que han ingresado en uno u otro partido obrerista no más que para conquistar dentro de sí mismos *el derecho a despreciar la inteligencia y ahorrarse las zalemas ante ella*" (1). No estar de acuerdo con el autoselecto, no hacerle zalemas, como el perro al amo, y tener la audacia de discutirle, es despreciar la inteligencia y faltar a la obligación de respetar a los individuos superiores—por propia calificación—, y para eso, nada más que para eso, los indóciles se titulan revolucionarios e ingresan en los partidos obreristas. La cosa no puede ser más clara y sencilla. Para el chantagista de lo eminente no hay más que dos clases de hombres: unos cuantos admiradores incondicionales suyos y la masa enorme de los envidiosos.

El filósofo profético. Este linaje de *chantage* suele ser eficaz. ¿A quién le agrada pasar por envidioso y resentido? ¿Valía además la pena? Para muchos, en efecto, la "filosofía" de Or-

tega y Gasset no valía la pena de una contradicción. Ante todo, porque, con todas sus pretensiones de filosofía de la Historia de alto bordo, no es más que petulante profetismo, no muy superior a los augurios que de un año para otro suelen hacer los charlatanes y "videntes" profesionales.

En la literatura española es frecuente el tono y estilo proféticos, tal vez como residuo de la fuerte herencia israelita que aun queda en nuestro pueblo. Pero aparte de eso, el profetismo es una de las formas más típicas de la mentalidad inmadura y poco informada, como le ocurre a Ortega y Gasset, aunque algunos crean otra cosa. Constantemente habla de sus vaticinios: "Cuando hace diez años anuncié que en todas partes se pasaría por situaciones dictatoriales, que éstas eran una irremediable enfermedad de la época y el castigo condigno de sus vicios"... (2).

Dejando a un lado el hecho nada leve de que no en todas partes se ha pasado por situaciones dictatoriales como las que el autor anuncia, fijese el lector en el resto. ¡El castigo condigno de sus vicios! Así hablaban sólo los profetas de Israel. Y explicarse las dictaduras como una enfermedad de la época, sin más aclaraciones, sin la menor alusión a las motivaciones económicas y a las luchas por el Poder que están en la entraña del tremendo drama social de que las dictaduras, unas y otras, son sólo la expresión externa o política, será una metáfora más o menos feliz, pero no acredita una visión realista y profunda de la historia contemporánea. He aquí otra profecía: "Una revolución no dura más de quince años, período que coincide con la

(1) Obras, pág. 1177.

(2) España invertebrada, 1934. Pág. XXVI.

vigencia de una generación" (1). Leído esto en 1934, a los diecisiete años de la revolución rusa y cuando en ella no se observa el menor signo de conclusión o agotamiento, sino todo lo contrario (2), se ve lo precario del oficio de profeta.

Una filosofía profética se toma o se deja, pero sólo de un modo puede ser refutada: con otra filosofía profética, o abandonándola a la refutación más segura del tiempo. Este tipo de filosofía augural y divagatoria está hoy en franca decadencia. "Acaso sea característico del mundo moderno—escribe Jaspers—que los mejores filósofos no son siempre los "filósofos", sino los especialistas científicos aislados y fuera de lo corriente. Si quien merece llamarse el mejor filósofo es el más universal y concreto—sin ser meramente enciclopédico—y el que en mayor grado recibe, comprende, expresa y configura el espíritu de la actualidad, entonces hoy el mejor filósofo es quizá un especialista científico, el cual está con los pies en una especialidad al mismo tiempo que busca las relaciones concretas y universales del conocimiento y se mantiene en una interacción con la realidad, tal como se presenta, actual y corpórea. En este sentido originario de la filosofía pudiera merecer más que ningún otro el nombre de filósofo un economista, un filólogo de lo antiguo, un historiador, un matemático" (3). Para Jaspers, un filósofo de ese tipo fué el economista y sociólogo Max Weber (4). Lo que no se llame Lógica, Historia de la Filosofía, Sociología y Psicología, es, según el propio Jaspers, "filosofía profética, que hoy no existe fuera de los intentos de restauración romántica del género más débil".

La descripción que Jaspers hace del pensador romántico, variante del filósofo profético, explica por qué este tipo mental es hoy incapaz de promover una fuerte adhesión objetiva. "En lo romántico, la experiencia íntima es lo principal, la verdadera realidad. No la realización hacia afuera, sino la propia experiencia tiene sentido. Lo decisivo es el destino personal, no la objetividad... El romántico encuentra resistencia sólo en sí mismo, en su experiencia interna, no fuera de sí, en la realidad. Se coloca fuera del mundo; no da forma a nada más que a su propia experiencia interior. Por esto es él vida, la vida misma, aislada; pero por esto no crea figuras, obras, estructuras... Cualquier totalidad, sea obra del pensamiento en sistema, sea poesía, queda incompleta, es boceto, fragmento, un gran aforismo... Todo lo romántico tiene algo de meteórico. Alumbra este meteoro allí donde aparece y lo circundante recibe su luz; pero pronto huye y desaparece y es olvidadizo y pérfido desde el punto de vista del observador objetivo y del realista" (5).

Lo característico del pensamiento romántico es la egocentricidad, la im-

(1) *La rebelión de las masas*. Obras, pág. 1115.

(2) El reciente asesinato de Kirof parece indicar un resurgimiento de la táctica terrorista, a la cual suelen acudir las oposiciones cuando ya no ven otro medio de subversión.

(3) Karl Jaspers: *Psychologie der Weltanschauungen*, 1922. Págs. 1 y 2.

(4) Karl Jaspers: *Max Weber*, 1932.

(5) *Psychologie der Weltanschauungen*, págs. 436 y 437.

potencia para entender el mundo exterior inmediato y entenderse con él. El romántico exige que sólo los demás se esfuercen por entenderle. Desgraciadamente, como en él no hay nunca un contenido objetivo, una posible realidad objetiva común, todo ensayo de entendimiento con él se frustra. Quiere amigos incondicionales, pero no colaboradores críticos, y toda colaboración, para que sea eficaz, ha de ser crítica, pues sin una crítica previa de los principios, los medios y los fines, no se puede ir a ninguna parte con nadie ni hacer nada en común.

El psicólogo Jung designa con otro nombre al tipo mental romántico: le llama introvertido (otros le denominan ciclotímico). "Los objetos exteriores no son causa y fin de este modo de pensar (el introvertido), si bien el introvertido quisiera a menudo dar a su pensamiento esta apariencia; al contrario, este pensar empieza en el sujeto y vuelve de nuevo al sujeto, aunque emprenda las más dilatadas excursiones por el campo de la realidad exterior... Se reúnen los hechos sólo como comprobaciones, nunca por los hechos mismos... El pensar introvertido muestra una inclinación peligrosa a constreñir los hechos dentro de la imagen que de ellos se forma, o a ignorarlos por completo para poder desenrollar el cuadro de su fantasía. En este caso, la idea representada no podrá negar su origen, que está en la imagen oscura y arcaica. Caracterizará a esa idea cierto rasgo mitológico, que a veces se tomará por "originalidad" y en los casos peores por caprichosidad" (1).

El tipo mental romántico o introvertido de que aquí se habla, cuando piensa o interviene en la política, no es, ya puede suponerse, el político romántico, sino su contrafigura, el romántico político. Carl Schmitt ha dedicado uno de sus libros, *Politische Romantik*, a estudiar históricamente la diferencia de los dos conceptos. Lo característico del romántico político es una concepción estética y orgánica del Estado, por encima de todas las diferencias sociales y por encima también de toda moral y todo derecho. El romántico, aun cuando habla del futuro, está pensando en algún modelo del pasado: Carl Schmitt alude a "la exaltación femenina que mostraban por la aristocracia feudal esos pobres literatos burgueses, Schlegel y Müller (Adam)", que él considera como tipos representativos del romanticismo político alemán del siglo XIX. (Más adelante veremos cómo Ortega y Gasset admira también la aristocracia feudal.) El romántico político es pasivo o cauteloso; nunca o rara vez se decide a tomar partido en las luchas de la realidad inmediata, por encima de la cual se quiere colocar siempre. Para él no hay más norma que el sentimiento. Para el romántico político de nuestro tiempo la norma no será ya el sentimiento, sino la "vida".

A juicio de Carl Schmitt, el tipo de político romántico es Don Quijote, todo lo contrario del romántico político. "Era capaz—escribe—de ver, no las armonías superiores, sino la diferencia entre lo justo y lo injusto, y de

(1) C. G. Jung: *Psychologische Typen*, págs. 545-6.

decidir por sí lo que a él le parecía lo justo; una facultad de que carece el romántico político... Si el entusiasmo por su ideal de la caballería andante y la indignación por una presunta injusticia arrastraban al pobre caballero a un loco menosprecio de la realidad exterior, no se retiraba luego estéticamente a su subjetividad, estilizando quejas a modo de crítica de la actualidad. Su honrado celo le llevaba a situaciones en que era imposible mantener la superioridad romántica; sus luchas eran fantásticamente insensatas, pero luchas al fin, en las cuales él se exponía a personales peligros... Su entusiasmo era el de un verdadero caballero por su rango, no el de un burgués por la imagen impresionante de una aristocracia" (1).

El hombre tras el filósofo. Me he detenido en diseñar un tipo mental al que, en mi opinión, pertenece psicológicamente Ortega y

Gasset, para explicar por qué sus "ideas" y su actuación política no podían tener éxito en España ni en ninguna parte, ni como hierofante o jefe de *élite*, ni como aspirante a conductor de masas. Filosófica y políticamente su pensamiento es anacrónico, extraño al *Zeitgeist*, al espíritu de la época. Es el pensamiento de un pequeño burgués con un complejo de inferioridad social que se compensa y manifiesta en esa división simplista de la Historia en masas y minorías selectas. Y cuando anuncia el fracaso de las masas, en realidad sólo quiere vengar en ellas su propio fracaso. Se me dirá que es escritor bastante leído en otras lenguas. No me sorprende. Toda diatriba contra las revoluciones y el proceso revolucionario de la Historia encuentra siempre un público favorable. Es natural. Las invectivas de Burke y del conde de Maistre contra la Revolución francesa dieron pronto la vuelta al mundo. Pero no todos envidian esos éxitos literarios, que duran lo que la verdura de las eras, mientras la Historia sigue imperturbable su camino, quiéralo o no la "filosofía".

En último término, lo que importa de un filósofo no es su filosofía, sino el hombre que hay tras ella, su carácter, su temperamento. Conociendo al hombre, se sabrá el valor de su filosofía, como por el conocimiento de una filosofía se puede deducir el valor del autor como tipo humano. Si a alguien le parece este personalismo poco leal como crítica objetiva, le diré que precisamente esta reducción de la filosofía y sus sistemas a una tipología psicológica de épocas históricas o de temperamentos individuales es el tema que actualmente más interés suscita en el mundo como problema de conocimiento. El tema, sin embargo, no es del todo nuevo. Ya hace casi un cuarto de siglo que William James escribía lo siguiente: "La historia de la filosofía es en alta medida un choque de ciertos temperamentos humanos (disposiciones caracterológicas)... Cualquiera que sea el temperamento de un filósofo profesional, siempre intenta de todos modos, cuando filosofa, pensar el hecho de su temperamento. Sin embargo, su temperamento

(1) Carl Schmitt: *Politische Romantik*, 1925. Pág. 207.

forma un prejuicio más fuerte que cualquiera de sus otras premisas objetivas... Confía en su temperamento. Desea para sí un mundo que convenga a su temperamento, y cree en aquella representación del mundo que a él le conviene. Los hombres de otro temperamento no le parecen debidamente sintonizados al verdadero carácter del mundo, y en el fondo los considera incompetentes y de ninguna manera filósofos, aunque en habilidad dialéctica le superen con mucho... De ahí proviene una cierta falta de seriedad en las discusiones filosóficas: no se menciona nunca la más importante de todas las premisas" (1).

Esta premisa primordial, el carácter y el temperamento, es lo que debe buscarse en toda doctrina, para comprenderla mejor y al hombre que la expone. Tal concepción de la filosofía—y lo mismo puede aplicarse, y se ha aplicado, a las religiones y al arte—es anterior a James y también, claro está, a Jaspers. El primero que comienza a trabajarla en las últimas décadas del siglo XIX es Dilthey, cuya influencia, después de muerto, sobre la filosofía alemana, y en los que principalmente se nutren de ella en otros países, ha sido y está siendo mucho mayor que en vida. Para Dilthey, "el conflicto de los sistemas metafísicos se funda últimamente en la propia vida, en la experiencia vital, en las posiciones ante el problema de la vida. En estas posiciones está la pluralidad de los sistemas, y al mismo tiempo la posibilidad de distinguir en ellos ciertos tipos... La naturaleza de estos tipos se hace del todo clara cuando se contempla a los grandes genios metafísicos, los cuales han expresado su concepción personal de la vida, tal como actúa en ellos, en sistemas conceptuales que aspiran a ser válidos para todos. La típica concepción de la vida es en ellos uno y lo mismo que su carácter. Se manifiesta en su ordenación vital. Llena todas sus acciones. Se revela en su estilo" (2). O dicho más sencillamente: el hombre y su obra son una misma cosa. La obra es la máscara de su carácter y temperamento, que es el verdadero rostro; pero por la máscara se descubre el rostro y por el rostro se explica la máscara. En última instancia, máscara y rostro forman un todo, una unidad psicológica.

A muchos que desde hace años conocemos a Ortega y Gasset no podía atraernos su "filosofía". De él nos separaba el abismo de una actitud radicalmente distinta ante la vida. Pero esa "filosofía" tampoco nos preocupaba. No es que ahora empiece a preocuparnos. No nos preocupa porque es extemporánea y lleva en sí misma su propia esterilidad. Pero ahora nos duele, y como todo lo que duele, necesita ser expresado. El gran proceso histórico que agita al mundo es demasiado dramático para convertirlo en liviano tema de filosofía de salón. Que se tome partido, no sólo es lícito, sino obligado. Lo ilícito es fingir que se ignoran los términos del drama o falsearlos en su esencia, para hacer como que no se toma partido y pre-

(1) William James: *Pragmatism*, 1911.

(2) Wilhelm Dilthey: *Gesammelte Schriften*. VIII Band, pág. 98.

sentarse a los contendientes como un severo juez de campo de la Historia, dotado además del poder de leer el futuro en las estrellas. Eso tiene dos nombres: hipocresía y superchería.

• A los que profetizan lo que ellos llaman el fracaso de las masas y que a ciencia cierta nadie sabe lo que es, hay que responderles: —Las masas podrán fracasar o no; lo que el mundo sea dentro de cincuenta años, de cien años, de tres siglos, de diez siglos, nadie puede saberlo; pero lo que sí sabemos ya es esta verdad absoluta: que los que *anuncian* el fracaso de las masas son hombres que *quieren* que fracasen, que les *conviene* que fracasen; la *profecía* es un *anhelo* profundo de su espíritu. • Esta verdad está delatada en su carácter, en su temperamento, en toda su vida. Así comprendemos mejor su obra. Y analizando la obra, comprendemos también mejor su vida.

Pero el análisis de la obra de José Ortega y Gasset, aunque sólo sea, de momento, en uno de sus aspectos, como interpretación de la Historia y la sociedad, merece capítulo aparte.



La libertad de Prensa y los magnates del dinero

Por JUAN ANDRADE

El gran desarrollo adquirido en todos los países por los partidos obreros y las organizaciones sindicales facilita al proletariado la posibilidad de mantener sus propios órganos de opinión que, aunque en una escala modesta y con las dificultades inherentes al sistema económico actual, contrapesan los efectos de la "gran Prensa" al servicio de los potentados de la industria y la finanza y, en general, del régimen capitalista. El diálogo que en torno a los grandes problemas establece la Prensa obrera con su sola existencia es la conquista más sensible contra los intentos de mantener a la humanidad en los límites de fases superadas por el progreso industrial y por el pensamiento moderno en general. El periódico obrero, debatiéndose en un medio de obstáculos materiales, es la mejor y mayor garantía contra la opinión interesada de unos pocos—los propietarios capitalistas de los rotativos—y en favor de los anhelos de la mayoría de la población laboriosa y, por tanto, de la civilización moderna.

Con gran reivindicación, el liberalismo ha propagado en todo tiempo pasado la libertad de Prensa. El liberalismo establecía postulados pretenciosos en el aspecto político, que invalidaba inmediatamente en el terreno económico. Así, por ejemplo, al ciudadano se le concede *políticamente* el derecho de decidir sobre quiénes deben ser sus gobernantes, pero *económicamente* se le aprisiona para que sólo pueda pronunciarse por sus enemigos naturales. De la misma manera, *políticamente* se le hace la concesión aparente de poder editar sus órganos periodísticos, al propio tiempo que *económicamente* no se ponen a su alcance los medios de realizarlo. Una rotativa, imprescindible para el diario moderno, no pueden adquirirla por su elevado coste cincuenta mil trabajadores, que representan un contingente considerable de opinión; pero una y dos y tres y más rotativas puede adquirirlas un solo capitalista que refleja exclusivamente sus intereses personales. He aquí por qué el liberalismo establecía la libertad de Prensa, libertad limitada exclusivamente a la burguesía, por ser la clase que dispone de los medios de producción.

En su lucha cruenta contra las formas feudales de la sociedad, la burguesía triunfó por lo que tenía de progresiva y por lo que había en ella de interpretativa de los anhelos generales de libertad política. Se formaba paralelamente a su desarrollo otra clase, el proletariado, que, incipiente y difuso al comienzo, adquiría rápidamente estructura social. La época de prosperidad del liberalismo económico, del régimen burgués coincidía con la organización como clase del proletariado. La burguesía no podía negar la libertad de expresión escrita, que ofrecía la posibilidad de educar en sus propias ideas a las nuevas generaciones. No se presentaba, en cambio, el peligro inmediato de que la nueva clase que se formaba, el proletariado, utilizase la Prensa para atentar en seguida contra las concepciones que el liberalismo representaba. La libertad de Prensa no ofrecía este riesgo inminente contra el régimen burgués por distintas razones. En primer lugar, porque el proletariado no había adquirido todavía conciencia de sus necesidades finales y se desenvolvía en torno a un idealismo heterogéneo que pugnaba por hallar su expresión organizada. En segundo lugar, porque durante todo un largo período el problema que se planteaba con una urgencia mayor a la solución del proletariado era el de su propia organización política y sindical, y sus aspiraciones dominantes no delineaban la perspectiva de una realización inmediata. Y, finalmente, porque no habiendo logrado una gran extensión orgánica, el derecho de utilizar sus propios órganos de expresión política impresa estaba práctica y materialmente imposibilitado por la falta del numerario necesario.

En estas circunstancias, la burguesía podía sentirse altamente benévola y ofrecer "libertad, igualdad y fraternidad" a todos los ciudadanos, y entre ellos a sus más próximos enemigos, los trabajadores. Así fué proclamado y hasta ejercitado el derecho de libertad de Prensa durante todo un cierto período de la historia. El proletariado, falto de medios, no podía

hacer uso de ello en toda su extensión, y cuando utilizaba este derecho era primordialmente para las tareas de organización, de crítica y de educación, pero no para la agitación encaminada a la toma del poder.

La guerra mundial de 1914, las revoluciones que la sucedieron y la bancarrota general de la economía capitalista condujeron a la clase trabajadora a plantearse de manera directa tareas más fundamentales. Cambió, sobre todo, la relación de fuerzas organizadas entre las dos clases en pugna: capitalismo y proletariado. Grandes sectores de éste despertaron a una noción más positiva de su misión histórica y de sus derechos como productores. El desarrollo de las organizaciones y partidos obreros alcanzó proporciones extraordinarias, favoreciendo también una potencialidad económica que se basaba en sacrificios financieros colectivos. La posibilidad de disponer de órganos periodísticos de expresión, que individualmente había resultado siempre una utopía para los trabajadores, se convertía en una realidad por el esfuerzo colectivo y por la masa de lectores con que para su continuidad disponía. En parte había quebrado, por tanto, la intención del liberalismo al conceder el derecho de libertad de Prensa, dado graciosamente en circunstancias diferentes del desenvolvimiento de la sociedad, e invalidado por los obstáculos materiales de realización.

No es esto sólo. La Prensa obrera que durante una serie de años había dedicado su mayor atención a los problemas iniciales de organización y formación política se transformaba en la exponente de una clase que aspira directamente al gobierno de los hombres y de las cosas. Es la única clase de la sociedad consecuentemente progresiva y en cuya hegemonía estriba el desarrollo de la civilización moderna. Es el clarín que anuncia el parto de un nuevo régimen económico. La Prensa obrera refleja, encauza y orienta las luchas del presente para destruir las formas de propiedad privada. Se alza como amenaza constante contra los privilegios de los ricos y como arma inexorable al servicio de los desposeídos.

Entonces se produce una mutación fundamental. El régimen burgués abjura de sus principios anteriores de libertades políticas, y descubriendo en la existencia de la Prensa obrera una palanca poderosa contra su prepotencia, se dispone a anular en el terreno político y en el económico el derecho de expresión escrita para todos los ciudadanos. La Prensa, de instrumento exclusivo de dominación de la clase burguesa, por el propio desarrollo del capitalismo se ha convertido, aunque en reducida escala, en portavoz también de los trabajadores. En esto, como en tantos otros aspectos, el capitalismo ha labrado medios para su propia destrucción. Es la contradicción en que ha de moverse durante toda su existencia.

La negación del derecho de libertad de Prensa, mejor dicho su restricción, se realiza a la hora actual de dos maneras, según que el régimen político que lo lleve a efecto sea abiertamente dictatorial, fascista. Amenazados ambos regímenes en su existencia, el instinto y el deseo les conduce al mismo propósito, aunque los procedimientos de ejecución sean diferentes

en la forma. Hay que aplastar toda posibilidad de vida para los periódicos independientes, es decir, para la Prensa obrera. En Italia, después de 1926, por la violencia directa o indirecta todos los periódicos fueron sometidos a la discreción del jefe supremo del Estado totalitario. Después se ha sancionado este estado de hecho. La Oficina de Prensa del Presidente del Consejo de Ministros dicta diariamente las normas a que deben sujetarse las informaciones y los comentarios (1). En Alemania, fué primeramente en la Prensa donde la *Gleichschaltung* (2) tuvo una realidad efectiva. La Prensa en el Reich es y sólo puede ser nacionalsocialista. El derecho de opinión, tanto en Italia como en Alemania, les está reservado exclusivamente al partido fascista y al nacionalsocialista. Por la fuerza de la violencia estatal se ha acabado en estos dos países hasta con el menor resquicio de la libertad de Prensa.

Las democracias parlamentarias en retroceso franco hacia las formas dictatoriales, dan a la limitación de la libertad de Prensa una "fisonomía jurídica", que se refleja en el terreno de los hechos en restricciones políticas y económicas. No es, según las propias expresiones que los propagadores exponen, que se coarte la libertad de hacer uso de la imprenta, para divulgar concepciones políticas; se trata sólo de reglamentar este derecho para evitar los abusos.

La experiencia ha demostrado a la burguesía que la libertad política que concede a todos los ciudadanos el derecho a la publicación de órganos impresos, libertad que, como ya hemos dicho, es escamoteada prácticamente por la imposibilidad de hallar los medios materiales para realizarlo, ha sido empleada por el proletariado al desenvolverse sus organizaciones por virtud del despertar de la conciencia obrera. Si para una docena de trabajadores es inaccesible la adquisición de una lineotipia y menos de una rotativa, para doscientos mil trabajadores organizados esto es ya algo posible en virtud de su esfuerzo económico colectivo. El proselitismo ha puesto al alcance de los trabajadores los medios materiales para la publicación de periódicos. La posesión de los medios de producción, positiva garantía que para disfrutar de la absoluta hegemonía en la libertad de Prensa se ha reservado en sus comienzos el liberalismo, ya no es suficiente. Se imponen nuevos métodos.

Adelantándose a la mayoría de las naciones, nuestra buerguesía industrial se apresta a tomar posiciones. En el laboratorio de una comisión especial trata de elaborarse en nuestro país el Estatuto de Prensa que la regule en el porvenir. Por eso el razonamiento y la justificación tie-

(1) Como modelo de estas instrucciones podemos reproducir la dada en 29 de julio de 1932: "Se recuerda a los periódicos la necesidad de aplicar del modo más riguroso posible las disposiciones ya conocidas para evitar la publicación en dichos periódicos y en las revistas de fotografías de mujeres delgadas. El fenómeno de la mujer delgada no tiene más significación que la reducción de la natalidad en Italia."

(2) Según Goebels, "la *Gleichschaltung* es la transformación nacionalsocialista del Estado, del partido, de la Prensa y de todas las Asociaciones".

nen que ser diferentes. El sometimiento de toda la Prensa a la voluntad omnímoda del Estado no es aconsejable y quizás ni siquiera práctico. La medida a adoptar no puede ser similar de una manera directa a las adoptadas en los países de regímenes fascistas. El ataque hay que emprenderlo por los flancos: limitando jurídicamente la libertad de opinión y obstaculizando las posibilidades económicas de realización.

El Debate, defensor de siempre y mucho más ahora de las limitaciones económicas a la libertad de Prensa, resume sus aspiraciones sobre el Estatuto en el establecimiento de las siguientes medidas, en las que, dicho sea de paso, y al parecer, están inspiradas las que se han de adoptar para que pueda publicarse en el futuro un periódico: "Constitución de una sociedad propietaria, declaración de la cuantía y origen del capital de que dispone, entrega de una sólida fianza afecta a la responsabilidad civil, la sumisión a unos preceptos que no le consientan atacar las instituciones fundamentales de la sociedad y del Estado y el nombramiento de un director que no sea un amable testaferro parlamentario designado para eludir las pocas responsabilidades que hoy se le exigen a la Prensa."

En las garantías de carácter económico que se tratan de establecer, la del depósito de una "sólida fianza" es, en realidad, la fundamental y en torno a la cual y en dependencia giran todas las demás. En lo sucesivo, si prospera este criterio, la libertad de Prensa no ya sólo estará limitada por las sanciones judiciales y gubernativas para los delitos políticos y por la dificultad material de los gastos de instalación, sino también por la obligación del depósito de una "sólida fianza". Es decir, la facultad de hacer uso de los medios de expresión impresos será en breve únicamente privativa de los potentados, de los magnates del dinero, por sí o por medio de sociedades anónimas.

Después de poder prestar la fianza, en el terreno financiero del funcionamiento interno de la administración de los periódicos no se requieren mayores garantías, ni siquiera la fiscalización de sus operaciones administrativas. Evidentemente, resistir esta primera prueba supone, sin lugar a dudas, que el periódico es puramente capitalista y que no ofrece su existencia peligro alguno desde el punto de vista de la defensa de las "instituciones fundamentales de la sociedad y del Estado". Los requisitos se detienen en la fianza; no se pide más. Los ingresos que puedan en el futuro nutrir los fondos de la administración no requieren investigación alguna. No importa que los diarios realicen campañas subvencionadas por los fabricantes de armamentos para azuzar contiendas guerreras; no importa que se inserten editoriales a tanto la línea para obtener aumentos de precio en algunos productos o para lograr aumentos en los contingentes de exportación (1); no importa que los fondos los suministre una canci-

(1) En uno que fué gran diario madrileño, en la tablilla de la Redacción y por orden del gerente, se colocaban avisos como éste: "Se ruega a los señores redactores que hasta nueva orden se abstengan

llería extranjera interesada en una alianza (1); no importa, en fin, que se realicen campañas de todo género contra los intereses generales. El derecho a toda clase de especulaciones se compra sencillamente con el depósito de una "sólida fianza".

A fines del siglo pasado y aún a comienzos de éste, los periódicos eran principalmente órganos de partidos políticos. Desde hace ya bastantes años los periódicos son negocios de empresas. La transformación de la Prensa de órganos de partidos políticos en empresas industriales es precisamente la manifestación más importante de la corrupción de la Prensa moderna. De este cambio sólo pueden alegrarse los periodistas esclavos porque se les presenta la ocasión de tener amos más ricos que retribuyan mejor sus vilezas. Esta industrialización del más eficaz y popular vehículo de la cultura de los pueblos significa en la práctica el monopolio más completo a favor del capitalismo para influenciar la opinión pública. A través de los rotativos, los industriales, los banqueros, los financieros y los terratenientes imponen sus intereses, no ya sólo de clase, sino de grupo. La Compañía de Jesús, poderosa empresa financiera cuyas actividades se han juzgado tan perniciosas que se ha decretado su disolución nominal, ejerce su influencia y defiende sus intereses mediante una red extensa de diarios en toda España y de una agencia telegráfica que completa y perfecciona la labor de los diarios. Su poder político y gubernamental por estos medios es tan decisivo que llega incluso a poder plantear abiertamente el problema, como sucede en la actualidad, de la eliminación de sus enemigos políticos y competidores. Frente a ella, el conjunto de la población, víctima de sus tropelías, no podrá ofrecer más que débiles armas impresas.

El periódico capitalista moderno es lo que pudiéramos llamar, empleando el propio lenguaje liberal, un complot de un reducido número de intereses contra el conjunto, contra la inmensa mayoría de la sociedad. El grupo capitalista de las compañías ferroviarias—el ejemplo es reciente—, ante su deseo de un aumento de tarifas o de concesiones económicas de otro género, puede elegir entre el eufemismo de la "publicidad financiera" (2) o el más eficaz de la fundación, con otro grupo bancario igualmente poderoso, de un rotativo. Han elegido éste último, dando nacimiento a un verdadero órgano de reacción social. Se trata, indudablemente, de un caso típico de confabulación contra el "interés público", confabulación que no halla más restricción que la de la realización económica. El desem-

de escribir sobre los problemas del aceite, del arroz y de la naranja." Todos los redactores sabían muy bien que este "hasta nueva orden" quería decir hasta que se conociese el resultado de la visita del agente de publicidad a los exportadores de dichos productos.

(1) El ultrapatriota actual Juan Pujol dirigió durante la guerra diarios fundados directamente por la Embajada alemana, por el célebre príncipe de Ratibor.

(2) Una Compañía ferroviaria encontró un procedimiento más cómodo: arrendar la información política de un diario madrileño y alquilar para escribirla a un catedrático.

bolso que realizan es un gasto reproductivo, puesto que ha de volver por diverso conducto, pero acrecido (1).

El capitalismo industrial, cuando no se convierte directamente en fabricante de periódicos, domina sobre éstos mediante la publicidad o la compra de editoriales y "suelos especiales". Una Compañía expoliadora del interés general tiene asegurado el silencio respecto a sus actividades mediante el anuncio concedido con generosidad. La Compañía Telefónica de España, desde su fundación ha podido cometer libremente los mayores desafueros contra sus abonados y en general contra los usuarios del servicio telefónico. Ningún gran rotativo ha querido elevarse contra ella, porque estaban amarrados a la Telefónica por el cordón umbilical de la administración (2). Por el hilo, invisible al gran público, de los diarios subvencionados las grandes compañías disponen a su vez de la cariñosa protección de diputados y hasta de partidarios políticos.

El periodismo capitalista moderno no sólo atenta contra las clases más pobres de la sociedad, sino incluso contra los capitalistas medios. Una sociedad anónima formada por especuladores vulgares puede con relativa facilidad atraer hacia ella al pequeño capital y al pequeño ahorro. Basta con que en un comienzo dedique el mayor capítulo de su presupuesto a publicidad en las páginas financieras de los diarios y en las revistas económicas. (Los redactores financieros son en realidad agentes de publicidad de los periódicos en que escriben.) Después de una gran publicidad podrá con facilidad incitar al pequeño capital y al pequeño ahorro a adquirir sus acciones, aunque se trate de una sociedad fundada por timadores profesionales o negociantes (3). Sobre la licitud de la sociedad no se piden explicaciones en las ventanillas de la administración de ningún diario o revista financiera.

La inmensa mayoría de los periódicos, a excepción de los que son de carácter obrero y por ello mismo cuentan con el apoyo económico de sus propios afiliados, con los precios de venta no cubren los gastos de fabricación (4). El déficit que resulta es cubierto con la publicidad comer-

(1) Señalaremos que con motivo de la revolución de octubre han aparecido en algunos periódicos suelos inspirados oficiosamente por las Compañías ferroviarias, estableciendo una evaluación exorbitante de los daños sufridos con los sucesos.

(2) Hace dos años, con motivo de una importante interpelación en el Congreso sobre la conducta de la Compañía Telefónica, algunos periódicos de Madrid dieron cuenta de ello en la sección de Cortes en la siguiente somera forma: "Un diputado expone un caso complicadísimo de hechos cometidos por la Telefónica con sus abonados."

(3) Madame Hanau, en Francia, tenía alquilada por 280.000 francos mensuales la sección comercial de *Le Quotidien*; con dinero de Stavisky se fundó *La Volonté*; Lowenstein subvencionaba la sección financiera de gran número de periódicos; Kreuger subvencionaba a casi todos los diarios suecos, incluso a un diario socialcomunista; Juan March ha poseído y posee la propiedad de periódicos y subvenciona a muchos.

(4) A pesar de que muchos diarios españoles son propiedad de Sociedades anónimas, no se dan a conocer los balances en ningún caso. Debido a ello no podemos argumentar con estadísticas españolas. Pero, como ejemplo característico, podemos citar el de *Le Petit Parisien*. Cuando antes de la guerra se vendía a cinco céntimos, no cubría los gastos de fabricación. Su balance de 1912 presentaba una pérdida de 3.468.000 francos, sin tener en cuenta la publicidad; pero la publicidad confesada (no comprendía en ella las ventajas ocultas de la gestión) se elevó a 7.500.000 francos, y transformó la pérdida

cial, con la financiera y con los "ingresos especiales" por campañas determinadas. El valor de fabricación de un periódico es en casi todos los casos superior al precio a que lo paga el vendedor. Las dificultades para salvar este obstáculo las vence el periódico obrero en virtud de sacrificios de sus propios lectores o por la reducción de páginas y gastos materiales, porque ni siquiera cuentan con el anuncio comercial sano y honradamente adquirido. La generosidad industrial, bancaria y financiera cubre el déficit de los grandes diarios capitalistas, cuya finalidad, por otra parte, es precisamente la defensa de estos intereses (1).

La situación de privilegio en que el dinero coloca a la gran Prensa capitalista reviste caracteres mucho más alarmantes en la actual época imperialista. Los grandes *trusts* nacionales e internacionales manejan a su arbitrio la vida de los pueblos por el canal de los periódicos. Sería curioso conocer los móviles en que se inspira la campaña que sobre los petróleos se realiza en España. La Standard Oil, por ejemplo, tiene más importancia sobre la política mundial que la Sociedad de Naciones y que todas las Conferencias Internacionales que puedan celebrarse. Deterding vale más que veinte monarcas y presidentes de República. Trabajan para él y le venden la pluma los editorialistas más afamados. Si Tardieu llegó a ser presidente del Consejo de Ministros de Francia y puede volver a serlo, es debido a que fué editorialista de *Le Temps*, a disposición de todas las empresas industriales. A los alquilones destacados de la pluma se les premia también dándoles altos cargos de Estado, para que desde ellos sigan defendiendo los mismos intereses.

Francia es seguramente el país del mundo que ha conocido los mayores escándalos periodísticos, precisamente porque la libertad de expresión política ha permitido la existencia de órganos independientes que los pusieran al descubierto. Desde el escándalo del Panamá, pasando por los empréstitos zaristas, hasta madame Hanau, en diversas ocasiones se ha revelado con documentos irrefutables toda la venalidad de la gran Prensa. El reciente *affaire* Stavisky y su derivación, la muerte del magistrado Prince, han servido para poner una vez más al descubierto toda la podredumbre de la Prensa venal, sus inmoralidades, sus campañas interesadas, sus negocios deshonestos. El escándalo de la Prensa en el asunto Stavisky y Prince ha revestido tales proporciones, que también allí se ha pensado por ciertos parlamentarios en la necesidad de algunas medidas en relación con los periódicos; pero de un carácter completamente diferente a las que se intentan en España con el Estatuto de Prensa.

en un beneficio definitivo de francos 4.100.000. En 1926 los beneficios de *Le Petit Parisien* fueron de 3.000.000 y en 1930 de 20.000.000 de francos.

(1) El Comité de Forjas, juntamente con el Comité de Hulleras, dispone en Francia de los siguientes periódicos: *Le Temps*, al que subvenciona al año con 10 millones; *Le Journal des Débats*, al que subvenciona con 15 millones anuales; *L'Echo de Paris*, *La Journée Industrielle*, *Le Bulletin Quotidien*, *L'Observation Economique*, *L'Intransigeant* y otros diez diarios más.

En primer lugar, se trata de crear un nuevo delito por "publicidad falsa o desleal". Para ello se quiere que los periódicos sean responsables de toda la publicidad financiera inserta en sus hojas, y que los órganos de Prensa estén obligados a dar a conocer públicamente el origen de sus recursos, el nombre de los accionistas, los ingresos publicitarios y también las fuentes de sus informaciones. Se ha propuesto que los administradores de los periódicos sean responsables de las pérdidas que sufran los poseedores de valores a consecuencia de haber sido arrastrados a malos negocios por la publicidad realizada en los órganos financieros. Se ha acordado que en lo sucesivo todas las subvenciones concedidas a los periódicos consten en presupuesto y que se llegue a la supresión de los fondos secretos. Incluso se ha hablado de promulgar un Estatuto legal para los periodistas, que constituye la mayor garantía para el ejercicio leal de la profesión. Verdadera ingenuidad (?), porque el periodista estrictamente profesional en el régimen de propiedad privada es meramente un producto más de la fabricación del periódico, al que no se le permite libertad alguna de pensamiento ni de iniciativa (1).

Si algunos parlamentarios burgueses franceses se han creído obligados a proponer la adopción de medidas de esta clase, no es, evidentemente, porque traten de liquidar el régimen de propiedad privada que permite el usufructo de la opinión impresa. Está motivado este deseo porque la prepotencia de ciertos magnates del dinero, propietarios de la Prensa, reviste tales proporciones que pone en conflicto al Estado, representante de la totalidad del capitalismo. El imperialismo interior que representan ciertos grupos omnipotentes de la industria y la finanza ha desatado sus maniobras en tal forma que se impone por la fuerza de sus órganos al Estado capitalista en su conjunto. Los intereses del pequeño capital comercial y agrario son juguete en manos de los grandes capitalistas.

Lo que la democracia llama libertad de Prensa es, en realidad, una mentira convencional, porque ese derecho sólo ofrece el disfrute de sus ventajas a los que poseen los medios materiales de producción, cada día más caros a medida que se desarrolla la técnica; es prácticamente la libertad para los capitalistas de envenenar a las masas de lectores, inculcándolas las

(1) John Swinton, conocido editorialista yanqui, en un banquete celebrado por la Asociación de la Prensa de Nueva York, se expresó en la siguiente forma sobre la función de los periodistas: "No hay en los Estados Unidos nada que pueda llamarse una Prensa independiente, si no es en las ciudades de escasa importancia. Vosotros sabéis esto, y yo también. Ninguno de vosotros se atreve a expresar una opinión honrada. Si lo hacéis, estáis seguros de antemano que no se publicará. Yo recibo 150 dólares a la semana por no llevar mis opiniones honradas al periódico en que escribo. Si yo permitiera que una edición de mi periódico sacara a la luz opiniones honradas, antes de veinticuatro horas habría terminado. El individuo que fuera tan insensato que se ocupara de escribir opiniones honradas se vería en medio de la calle en busca de otro oficio. El del periodista de Nueva York consiste en deformar la verdad, en pervertir, en envilecer, en hacer gracias a los pies de Mammon y en vender a su país y a su raza, a cambio del pan de cada día o, de lo que es igual, de su salario. Vosotros sabéis esto, y yo también. ¡Qué insensatez brindar por la Prensa independiente! Somos instrumentos, vasallos de los ricos que están detrás de las cortinas. Somos monos saltarines. Ellos tiran de la cuerda y nosotros bailamos. Nuestro tiempo, nuestra vida, nuestro porvenir, todo pertenece a esos hombres. Somos prostitutas intelectuales."

conveniencias de una sociedad en decadencia. Pero aun así y todo, ha costado innumerables esfuerzos observarla y conservarla, y es una conquista que merece la pena defender. Se trata, nada menos, que de hacer persistir el derecho de que cualquier núcleo de ciudadanos pueda, después de vencer los obstáculos materiales, editar un periódico sin que se le impongan trabas nuevas de carácter económico. Si los periódicos son una empresa industrial, como quiere argüirse por algunos, no se puede exigir más gastos a un periódico que a una entidad industrial cualquiera, a la que no se pide en ningún caso fianza para responder de su gestión. Y eso que las responsabilidades de una empresa industrial claramente definida pueden ser de carácter criminal, mientras que las de un periódico serán siempre de índole política.

El único freno eficaz que puede oponerse a las hazañas de la Prensa de empresa en manos de los magnates del dinero, es la libertad de existencia de periódicos independientes, que denuncien públicamente y en todo instante sus campañas contra el interés general y en deformación de la verdad. Hacer imposible la vida a esta Prensa independiente supone ahogar el diálogo y dejar el campo libre a los facinerosos de la industria y la finanza, a los especuladores en general. No hemos de caer en la candidez, como algunos en Francia, de pedir que se controlen las actividades financieras de las empresas periodísticas; pero sí deseamos que se conserve el actual régimen para la publicación de periódicos, sin que se establezcan nuevas cargas económicas para el lanzamiento de un órgano de opinión. El monólogo sería el ideal del vocero de la Compañía de Jesús, de sus industrias, de sus Bancos, de sus empresas. Ella sabe bien que ni siquiera tiene que arriesgar en el periódico su propio dinero, porque siempre hay damas beatíficas y magnánimas que cubren rápidamente las emisiones de obligaciones que con tanta frecuencia lanza. Sus obligaciones las propagan y aconsejan todos los Bancos a sus clientes.

Para los periodistas tan viles, que argumentan que lo que se precisan son empresas fuertemente solventes, la única contestación es el desprecio, porque jamás hemos creído que de lo que se trate sea de vender la conciencia al mejor postor, sino de servir la verdad y las ideas. Si los secretarios de filósofos se prostituyen a la presencia del oro, siempre habrá gentes suficientemente valerosas que no se dejen mediatizar. Refiriéndose a la guerra, Anatole France dijo: "Se cree morir por la patria, y se muere por los industriales". De los periódicos de empresa podríamos decir: "Alegan defender a la patria, y defienden a los industriales y financieros".

Centenario y actualidad de Roberto Malthus

Por EMILIANO M. AGUILERA

Tomás Roberto Malthus murió en Bath, del condado de Somerset, el 29 de diciembre de 1834. Hace, pues, cien años. Cuando se escriben estas líneas, Inglaterra empieza a conmemorar este centenario con aquella solemnidad que merece la figura de tan insigne hijo. La sombra de éste ha ganado ya puesto en los primeros planos de la actualidad inglesa. Empero, no es Malthus uno de esos hombres famosos que precisan de hechos como el que sugiere estos breves comentarios para que las gentes, piensen en ellos. Así, a fecha fija.

Desgraciadamente, el mundo recuerda bien al autor de *An essay on the principle of population*. El pesimista de ayer resulta hoy un vidente. Más o menos certero, que esto es lo discutible; pero un vidente, al fin y al cabo. O mejor dicho: su videncia, que ayer sólo reconocían unos pocos, es ahora generalmente admitida. Y, ¿cómo no aceptarla? Día por día, desde que el célebre pastor protestante lanzara sus terribles predicciones, ha empeorado la situación de los hombres; se ha hecho más difícil la vida de la humanidad. Pudo pensarse que el pesimismo de Malthus constituía la natural y casi obligada réplica al optimismo de Adam Smith, excesivo aunque condicionado. Máxime si pensamos en cuál era la situación económica de Europa a fines del siglo XVIII, y, particularmente, la de Inglaterra en tal época.

Hacia algún tiempo que el maquinismo dejaba sentir sus efectos en la organización económica de numerosas industrias. La ofensiva de los menestrales contra éste hubo de ceder mucho antes de lo que pudiera esperarse; se dejaron convencer muy pronto por los que, de buena o mala fe, explotaban la existencia de las nuevas industrias creadas por el propio maquinismo. Y dentro y fuera de la Gran Bretaña, pero sobre todo en este país, vióse en seguida cómo perjudicaba el maquinismo a la clase obrera. Tras un lógico y engañoso florecimiento industrial, que contribuyó de suerte considerable a remitir el instintivo movimiento antimquinista, aumentó el número de los desocupados y, tanto por este aumento como por la utilización de las mujeres y los niños en las industrias recién transformadas, bajaron los salarios. O, en los casos mejores, se estacionaron, perdiendo, asimismo, fuerza adquisitiva, ya que fué adelante el aumento de los precios de los víveres y de las viviendas.

Pero en la actualidad hay que reconocer que Malthus no concibió sus teorías por parecerle exageradas las del autor de *Inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, ni por lo que veía cerca de sí. Es

posible que el punto de partida de las lucubraciones del gran economista esté en las obras de Adam Smith, en el espectáculo que ofrecía en su patria la transformación industrial o en aquéllas y éste, conjuntamente; mas el alcance de las teorías malthusianas está relacionado con la videncia de Malthus, con lo que veía nuestro pensador en el pasado y en el porvenir. De ahí el éxito creciente de su doctrina. Al morir el maestro eran contados los discípulos, y éstos—James Mill, Stuart Mill, Francisco Placencia...—fueron tímidos divulgadores de las ideas de aquél, acudiendo más de una vez al anónimo para hacer tal propaganda—. Place es señalado como autor de aquel folleto al que se tituló *El cartel diabólico*, en los medios conservadores de Inglaterra—, y en nuestro siglo no se encuentra un solo tratadista de Economía que no cite a Malthus con todos los debidos respetos y que deje de convenir en que existe un gran fondo de verdad en las teorías del mismo. Por otra parte, vivía aún éste cuando en Norteamérica—donde el profesor Robert Dale Owen dirigía la propaganda de las ideas malthusianas, elogiosamente aludidas en su *Moral Physiology*—se dictaron las primeras leyes contra el *birth control*, o la limitación de la natalidad, y hoy, por el contrario, abundan en varios países—en Suiza, en Checoslovaquia, en Rusia, en el Japón, en la Argentina...—las leyes de cierto sentido anticoncepcionista.

No es cosa de explicar la doctrina de Malthus. Todo el mundo sabe cómo apreció éste la tendencia constante que se manifiesta en todos los seres vivientes a aumentar su especie más de lo que consiente la cantidad de alimentos que está a su alcance, y cómo—usando un lenguaje impresionante, según dice el burgués Leroy-Beaulieu en su *Compendio de Economía política*—determinó esa tendencia en el hombre; todo el mundo sabe que el gran economista no vaciló en afirmar que la humanidad se doblaba cada veinticinco años, que aumentaba ésta, de período en período, en progresión geométrica, mientras que, aun en las condiciones más favorables de la agricultura y de la industria, los medios de subsistencia para los hombres no podían aumentarse más que en una progresión aritmética. “Con prodigalidad siembra la Naturaleza la semilla de la vida en todas las series orgánicas; pero es avara en la asignación del alimento. Los gérmenes que nos da cada año la tierra podrían llenar en pocos siglos millones de Universos, si les fuese permitido un desarrollo general; pero el cetro férreo de la necesidad les marca limitadas fronteras, que ni el mismo hombre puede con el esfuerzo de su inteligencia destruir”, asegura Malthus. No obstante, sí procede advertir que éste se equivocó profundamente en sus primeros cálculos y que, asimismo, se equivocó al rectificar en su *Essay on the principle of population or a view of its past and present effects on human happiness* los errores de su primera obra. Y conviene, también, pasar una rápida revista a los obstáculos represivos y preventivos—así los denominó Malthus—que se opondrían o podían oponerse, respectivamente, a esa proporción de las leyes de la población y la producción. O, dicho

más exactamente, será útil observar cómo se han dado esos obstáculos antes y después de señalados por aquél. Todo ello para calcular un tanto ese fondo de verdad que contiene la doctrina malthusiana. Como trámite previo para enfrentar a Malthus con Carlos Marx.

Recordemos los principales obstáculos *represivos, positivos o fatales* que se oponen a la proporción de las leyes de la población y la producción señalada por Malthus. Uno lo constituyen las guerras, las luchas entre los hombres que se disputan la Tierra por apoderarse del mayor número posible de fuentes de riqueza. Otro lo proporcionan las enfermedades, las epidemias que han diezclado varias veces a la Humanidad. Otro lo brinda el vicio, el libertinaje. Otro lo dan los procedimientos de violencia que terminan con la vida antes de que ésta florezca o fructifique; cuando está en germen. Y otro—que consigno, más que por otra cosa, por respeto a algunos ilustres comentaristas de Malthus que son contemporáneos—lo ofrecen ciertas costumbres bárbaras de ciertos pueblos salvajes, que condenan a muerte a los niños enclenques o enfermizos, a los enfermos de cierta clase y a los ancianos.

Y recordemos, igualmente, los obstáculos *preventivos o racionales*. Son los que pueden oponerse a aquellos ritmos que llevan las leyes fundamentales de la Economía, según el autor de *An essay on the principle of population*. Después de no atreverse éste a consignarlos en sus primeras publicaciones, los enumera, y los aconseja, en su obra definitiva. Helos aquí: la supresión de los casamientos prematuros, la racional precaución en contraer matrimonio, la racional precaución en la generación de los hijos, el empleo de los medios anticoncepcionales ideados por la Química y la Física y, por último, la continencia sexual.

Veamos ahora lo que han representado y representan unos y otros obstáculos.

A las guerras, como uno de ellos, se les ha dado un valor extraordinario; un valor desproporcionado. Ni ayer ni hoy representan lo que muchos suponen. Y ahí está la Guerra Europea—la que, por antonomasia, se ha llamado *Gran Guerra*—demostrándolo. Ciertamente fué una de las más terribles contiendas, y no nos parece así en razón de haber sido testigos de ella; lo fué en realidad. Empero, ¿qué influencia han tenido en la situación económica del Mundo los catorce millones de hombres que sucumbieron en ella? Bien poco. En apariencia, nada. Después de la *Gran Guerra* se ha desarrollado el problema del paro forzoso de manera abrumadora, como no podía presentirse hace veintitantos años.

Las epidemias representan ya muy poco con respecto a las cuestiones que preocupaban a Malthus. Hace varios siglos que los hombres no saben de aquellas imponentes y mortíferas invasiones que diezclaban a la humanidad en otras Edades. Algunos de esos azotes han desaparecido y otros—la *viruela*, por ejemplo—han ido perdiendo su poder exterminador. Y la mortalidad infantil va proporcionalmente decreciendo, tanto por varios de

los últimos descubrimientos de la Medicina como por encontrarse mejor atendida la infancia desvalida.

En cambio, el libertinaje ha aumentado. Ello menos de lo que parece, menos de lo que sospechan los hombres que viven en las grandes ciudades; pero, desde luego, aumentó y muy considerablemente. En parte, por las sugerencias de la Civilización, y en parte, por la miseria de los hombres, que no hay que olvidarse de las pobres gentes a que alude Mirabeau en su *Erótika Biblion*; gentes sencillas y sin grandes exaltaciones eróticas; pero sí temerosas de tener hijos a los que no podrían ni mal alimentar.

En cuanto a los procedimientos de violencia que frustran la vida en germen... Acaso han aumentado los abortos en relación con otros tiempos. Pero menos, también, de lo que puede creerse. La miseria provoca muchísimos. Y, además, algunos pueblos los han autorizado, si bien condicionándolos; unos, por razones puramente malthusianas, y otros, por razones jurídicas y eugénicas. No obstante, los abortos provocados por miramientos sociales o prejuicios pseudomorales han disminuído en gran cantidad; como consecuencia de la evolución moral de los hombres.

Y otro tanto ha ocurrido con las costumbres bárbaras de algunos pueblos, que sacrifican a los niños raquíuticos, a los enfermos y a los viejos; pueblos donde, por otro lado, no tienen planteado el problema de la producción escasa. Sin que pueda decirse, ni mucho menos, que la Civilización ha llegado a todas partes, sí cabe afirmar que los hombres plenamente civilizados se preocupan de educar a esos pueblos, infiltrando en ellos, en unas u otras formas, un sentido más generoso de la convivencia humana.

Indudablemente, son los obstáculos *preventivos* aquellos en que más cabe fiar. Aunque, como dice el profesor Conrad, hasta el presente carecen de general observancia y sólo se preocupan de ellos una parte de las clases ilustradas. "En ellos está la salvación de la humanidad, y sólo ellos conjurarán los horrores que anunció el pastor Malthus", afirma el doctor Leunbach, cuyas tesis fueron unánimemente aprobadas en el II Congreso de Reforma Sexual, celebrado hace seis años en Copenhague.

En resumen: el malthusianismo no puede aceptarse en sus primeras manifestaciones, pero sí cuando aparece rectificado en sus errores. Tanto no se puede admitir tal como aparece expuesto en la primer obra de Malthus, que el propio Malthus no lo admite, y él es el primer neomalthusiano. Pero, expurgado de equivocaciones y tal como nos lo presentan los economistas que han afinado más en sus comentarios de las teorías de aquél, es obligado aceptarlo. Es decir; hay que rechazar el malthusianismo y hay que convenir con los neomalthusianos. "Convenientemente rectificados, los principios de Malthus representan definitivas adquisiciones para la ciencia y tienen un efecto práctico trascendental", escribe el profesor Conrad en su *Politische Oekonomie*. Y otro de los economistas más preparados de hoy, el doctor Federico von Kleinwachter: "El problema de la población, o mejor dicho, la tendencia que ésta tiene a aumentar, rebasando

el límite impuesto por las subsistencias disponibles, constituye una seria e innegable realidad, y, en cierto sentido, el eje alrededor del cual gira toda la Economía política."

Con esto ya podemos relacionar la doctrina malthusiana y la doctrina marxista.

Para mí, un marxista no puede prescindir de Malthus. O, si se prefiere, no debe desdeñar las teorías de éste. En el área de lo científico, es obligado interesarse por ellas. Por cuanto las concomitancias entre las mismas y las de Marx son evidentes. Y en el área de lo sentimental, también. Porque el sentido filantrópico de las de Marx tiene que estimular la curiosidad, primero, y el interés, después, por las de Malthus.

La organización económica que preconiza el autor de *Das Kapital* no puede ser más sugestiva. El no reconocerlo es sectarismo. Y—permítase esta cruda expresión—hay que buscar tras cada economista que la combate un sueldo del capitalismo. Sobre sólidos fundamentos, Marx abre ante la humanidad los más risueños horizontes. Da fórmulas abundantes y garantizadas con una poderosa lógica para aumentar rápidamente la producción. Ahora bien; ¿para aumentarla todo lo necesario? He aquí cómo venimos a dar en Malthus; cómo en el camino de tan alegres perspectivas nos sale al paso la figura melancólica del famoso pastor protestante.

A este respecto, no está de más citar nuevamente a von Kleinwachter; recordarle y transcribir algo de lo que dice comentando las teorías malthusianas o neomalthusianas: "Si siempre naciesen, tan sólo, tantos individuos como dejan de existir, todo recién nacido encontraría una colocación en el Mundo, y no habría ninguna miseria, ninguna pobreza, y, por consiguiente, tampoco una cuestión social. Esta última, que en definitiva no es otra cosa que la *lucha por la existencia*, sólo se produce porque el número de nacimientos excede regularmente al de defunciones. Por lo tanto, contra este escollo tienen que chocar todos los planes de reformas comunistas y socialistas, por bellas que sean sus concepciones. Los habitantes de *Utopía* forman un pueblo dichoso, porque Tomás Moro, que elude intencionalmente el problema de la población, acepta de una manera tácita que todo recién nacido se encuentra con la mesa puesta. Pero si en *Utopía* nacen más niños de lo conveniente y el Gobierno no logra adquirir los medios de vida necesarios, entonces—como en una ciudad sitiada—tendrá que rebajarse el tenor de la vida y los habitantes de este lugar acabarán por padecer hambre. Y si no quieren que acontezca así, no les queda otro recurso que limitar los nacimientos."

Pero, además, la organización económica que defiende Marx brinda un buen golpe de características que obligan a pensar que si, por una parte, se veía aumentada la producción, por otra se reducían, e incluso se terminarían, aquellos obstáculos represivos que se oponen, aunque débilmente, a la tendencia a aumentar de la población. Porque el marxismo no es, meramente, economía; es también moral. Esto en razón de aquello. Y no pue-

de ser más exacto Marx cuando asegura: "La ideología de una época es el reflejo de su economía, y la moral, creación del medio." La organización económica marxista lleva consigo la inteligencia sinceramente cordial de todos los países, lo que terminaría con las guerras; se complace en propulsar el progreso científico y, sobre todo, la caridad privada se substituye en esta organización por la asistencia social, legalmente impuesta, lo que aumenta la ofensiva contra las enfermedades y contra las epidemias, terminando con la infancia desvalida, que, en los asilos y hospicios, ha venido nutriendo con cantidades aterradoras las más dolorosas columnas demográficas; bate al libertinaje, mejorando el medio ético en que viven los hombres; termina con los abortos provocados por los prejuicios pseudo-morales y con los que tienen su origen en la miseria, y, finalmente, aspira a elevar, no ya el espíritu de los países civilizados, sino el de los pueblos salvajes, donde subsisten las crueles costumbres aludidas varias veces.

Los efectos de la organización económica marxista sobre los obstáculos represivos de que trató Malthus están vistos. Aquella destruye tales obstáculos. Pero, en cambio, ¿cómo favorece los obstáculos preventivos! Ello, al favorecer la elevación cultural de los trabajadores.

Malthus no fió nada en ésta. Creyó imposible mejorar la vida de los proletarios y, por ende, su cultura. Ni pudo soñar con la simple implantación de la jornada de ocho horas, que tanto ha contribuido a mejorar la condición moral del obrero. Y, precisamente, en razón de esto su pesimismo hubo de ser mayor. No pudo substraerse en esto al ambiente de su época. No previó que los asalariados trabajarían menos y ganarían más. Por fortuna, se equivocó. Y hoy cabe alentar esperanzas muy halagadoras. El proletariado llegará a tener plena conciencia de lo que, en el orden social y económico, representa el acto de la generación. No obstante, el problema subsiste. Porque la nueva organización económica, cuya implantación es inevitable en un período de tiempo mayor o menor, ¿llegará a tiempo de rimar convenientemente o de conjugar en un mismo tiempo las leyes fundamentales de la Economía?

Convendría pensarlo e imitar a los laboristas ingleses que, al fin y después de haber intentado algunos de ellos plantear estas cuestiones en sus asambleas y congresos sin resultado satisfactorio, estudian el problema, toman acuerdos de un cierto sentido malthusiano y, desde el Gobierno, cuando estuvieron en él, dictan leyes como la que aumenta la edad legal para contraer matrimonio y la que autorizan la propaganda de los métodos anticoncepcionales en términos más amplios a los existentes en el momento de dar esas disposiciones.

La cooperación como escuela para una nueva economía

Por A. FABRA RIBAS

La Dirección de LEVIATAN estaba enterada de que existía la Alianza Cooperativa Internacional y de que iba a celebrar su XIV Congreso en Londres. Además, considerando que se trataba de un acontecimiento de verdadera importancia, quiso consagrarle unas páginas de la Revista. Marquemos el hecho—¡oh cooperadores españoles!—con piedra blanca; pues, si nuestras referencias son exactas, esta es la primera vez que una publicación no específicamente cooperatista dedica en España un artículo especial a dar cuenta de las actividades de la Internacional Cooperativa.

El ciudadano medio español, el que lee periódicos y asiste a las conferencias y a las reuniones públicas, sabe que existe una Internacional Socialista y una Internacional Sindical. No pocos conocen, además, que frente a la primera se yergue una Internacional Comunista y que la Internacional Sindical, llamada de Amsterdam, se halla sañudamente combatida, no sólo por la Internacional Roja, sino también por la minúscula Internacional Anarquista, cuya sede, hasta el advenimiento de Hitler, se hallaba en Berlín. Pero ¿cuántos españoles, aun entre aquellos que se mueven en los medios políticos y sindicales, están enterados de la existencia de la Internacional Cooperativa?

Es verdad que algo parecido, si bien en mucho menor grado, ha ocurrido en los demás países. Y no es menos cierto que el objetivo propio de la cooperación y los medios—técnicos en su mayor parte—más adecuados para conseguirlo carecen del elemento emotivo y espectacular capaz de atraer la atención del gran público y de provocar rápidamente un movimiento importante de masas.

Por otra parte, la constitución del movimiento cooperativo—económico y social por excelencia—ha seguido una trayectoria distinta, casi nos atreveríamos a decir inversa, si se la compara con los movimientos a los cuales se le puede genéricamente asimilar. En efecto, el proceso normal de las grandes corrientes sociales y económicas es, en primer lugar, la enunciación—o la explosión—de un principio, de un verdadero concentrado que contiene los gérmenes de un nuevo orden, superior al establecido y al que en último término habrá de substituir; viene luego el período, casi siempre largo y agitado, de la elaboración de la doctrina y de la estilización de las fórmulas en congresos y asambleas, y, finalmente, cuando el proceso ha

llegado a su completa madurez, se entra en el período de las realizaciones y de las conquistas.

En la cooperación, las cosas han ocurrido de distinto modo. Acuciados por las necesidades del vivir, 28 pobres trabajadores—no todos tejedores, como generalmente se afirma—constituyeron, en una fría noche del invierno de 1844, la hoy célebre sociedad de Equitables Pionniers de Rochdale. Su fin inmediato era mitigar la miseria que les devoraba, y su objetivo último, en aquellos momentos, consistía, más que en realizar grandes beneficios, en mejorar el aspecto moral del comercio. Entre los 28 obreros de Rochdale había socialistas—aproximadamente la mitad de ellos—, cartistas y hombres de ideas vagamente humanitarias que sabían de memoria algunos versículos de la Biblia y que simpatizaban con las doctrinas de Robert Owen, muy popular a la sazón—más por su conducta de filántropo que por sus obras de sociólogo—entre las clases proletarias de la Gran Bretaña.

Mejor que unidos, identificados por unas necesidades comunes, ungidos por el dolor e iluminados por un inefable sentimiento de fraternidad, nuestros 28 hombres deciden, *en primer lugar*, constituir una sociedad, y luego redactar unos reglamentos para su buen funcionamiento. Primero fué la acción; después, el verbo. Y este método no ha dejado nunca de aplicarse—ni de triunfar—por encima de todas las críticas y de todos los doctrinarismos.

Por eso puede afirmarse rotundamente que el ingente movimiento cooperativo moderno, que en hombres y en dinero ha alcanzado un volumen jamás igualado por ningún movimiento análogo, ha ido creciendo y multiplicándose a fuerza de ensayos y experimentos desgraciados muchas veces, felices otras, pero que acabaron siempre por fijar un método que ha sido elevado luego a la categoría de principio.

Hoy mismo, en pleno apogeo de la cooperación, cuando los procedimientos seguidos por ella alcanzan triunfos hasta ahora insospechados, la Alianza Cooperativa Internacional no tiene todavía, debidamente especificados en un texto oficial, ni sus principios ni su táctica. Intentó hacerlo en 1930, en el Congreso de Viena. Y aun para ello encargó a un Comité especial que investigara las prácticas seguidas por las organizaciones afiliadas y que, después de contrastarlas con los llamados principios de Rochdale, fijara de un modo concreto cuáles debían ser los de la cooperación moderna. Pues bien, el dictamen presentado por la Comisión al Congreso de Londres—en donde había laboristas, socialistas, sindicalistas, comunistas y anarquistas adiestrados en la crítica y en la polémica—se discutió sin apasionamiento durante dos sesiones, y el debate terminó acordando, por unanimidad, que la Comisión presentara un nuevo dictamen teniendo en cuenta las ideas emitidas en el Congreso.

Un nuevo ejemplo—y podríamos presentar otros cien más—para indicar el carácter pragmático de la cooperación y las profundas causas a que este pragmatismo obedece. La Alianza Cooperativa Internacional ha admitido siempre las cooperativas de distintos tipos; pero, en realidad, la inmensa

mayoría, la casi totalidad de sus componentes, pertenecen a la cooperación de consumo. Las demás se han ido eliminando ellas mismas poco a poco. Y es que no podían admitir en la práctica, como lo hace la cooperación de consumo, ni la abolición de la ganancia, ni la del salariado, ni la de los derechos arancelarios, etc., etc. Cuando apareció claramente este fenómeno, entonces surgió la doctrina, generalmente admitida en los medios cooperatistas, de que la cooperación de consumo—que puede y debe poseer sus propias fábricas y sus propias explotaciones agrícolas—es, según la expresión de Charles Gide, “la única que realiza los caracteres de una economía nueva e integral” (1).

Y es más, cuando los líderes, los técnicos y los simples militantes de la cooperación sabían por propia experiencia que sólo la cooperación de consumo lograba pasar a través de todas las crisis y extender su radio de acción por encima de todos los obstáculos, se hizo un *descubrimiento* en el campo económico y social que confirmó en un todo la experiencia cooperatista.

El descubrimiento fué éste: Después de la guerra, gobernantes, economistas y hombres de negocios creían encontrarse ante una grave crisis de producción. Se hablaba de una gran ola de pereza que había hecho estragos entre la clase trabajadora y que amenazaba, por falta de producción, con condenar a la miseria a los principales países del mundo. Pero la “Encuesta sobre la Producción”, llevada a cabo por la Oficina Internacional del Trabajo—propuesta en 1920 por el gran industrial italiano Pirelli y acordada por el Consejo de Administración de aquel organismo—, demostró de una manera palmaria que no era precisamente de una crisis de producción de lo que el mundo sufría, sino de una crisis de consumo (2).

¡El consumo, el consumidor, el soldado desconocido de la gran batalla económica y social, al que sólo la cooperación había reconocido beligerancia! Ahora iba a salir de la obscuridad en que siempre había actuado para ocupar un puesto en primer plano en las luchas de nuestros días.

* * *

Hemos creído oportuno hacer las observaciones—que no digresiones—precedentes para colocar a la Alianza Cooperativa Internacional (A. C. I.) y a su Congreso de Londres dentro de su verdadero marco.

La A. C. I. fué fundada en 1895, en un Congreso celebrado precisamente en la capital de Inglaterra. Así, pues, la Internacional Cooperativa, después de treinta y nueve años de existencia, ha vuelto ahora a su regazo. Pertenecen actualmente a ella 39 países, entre ellos todos los de Europa, a excepción de Italia y Alemania; Estados Unidos, República Argentina, Japón, India, Mongolia, Persia, Palestina, Africa del Sur, etc.

(1) V. *Revue d'Economie Politique*, pág. 1352. París, 1927.

(2) *Enquête sur la Production*, 6 volúmenes. Oficina Internacional del Trabajo (Sociedad de las Naciones). Ginebra, 1932.

El número de afiliados a la Alianza Internacional se acerca actualmente a los 100.000.000 (cien millones). Y si se tiene en cuenta que cada cooperador es generalmente cabeza de familia y que cada familia se compone, por término medio, de cuatro individuos, puede afirmarse que la organización cooperativa internacional engloba en el momento presente alrededor de cuatrocientos millones de personas, cifra muy superior a las alcanzadas hasta la fecha por el conjunto de las organizaciones de carácter económico o social.

No pertenecen a la A. C. I. todas las cooperativas existentes; pero puede asegurarse que forman parte de la misma las organizaciones más poderosas y los hombres más competentes en materia de cooperación.

La A. C. I. celebra un Congreso cada tres años. En él se nombra un Consejo central, compuesto en la actualidad de 71 miembros, el cual nombra un Comité ejecutivo. Los miembros del Comité central se eligen proporcionalmente, no a la población cooperativa de cada país, sino a la cotización pagada por cada uno de ellos, hasta un máximo de 14, a que sólo tienen derecho la Gran Bretaña y la Rusia soviética. Este sistema está en completa contradicción con los principios democráticos por que se rige la cooperación y que se observa rigurosamente en las Asambleas generales de las organizaciones afiliadas. Pero el pragmatismo propio del movimiento cooperativo lo ha establecido así por dos razones eminentemente prácticas: para asegurar a la A. C. I. los recursos pecuniarios que le hacen falta y ante la insuperable dificultad de controlar las cifras referentes a la población cooperativa.

El siguiente cuadro dará una idea del crecimiento experimentado por la Internacional Cooperativa en los últimos años:

ANOS	Países adheridos	Número de afiliados (millones)
1913	23	20
1920	24	31
1924	30	40
1927	35	51
1930	40	56
1933	39	100

De estos 100 millones, 73 pertenecen a la Rusia soviética.

La única baja que en el número de países se observa en 1933 con relación a 1930, corresponde a Alemania, cuya nueva central cooperativa—el *Reichsbund der deutschen Verbrauchergenossenschaften*—, con que la dictadura hitleriana ha substituído a la antigua Unión Central Alemana, no ha sido admitida por la A. C. I. El hecho tiene ya dos precedentes notorios y que merecen ser subrayados: el de Italia y el de Rusia. En efecto, la A. C. I. se negó a admitir en su seno a la Liga Cooperativa Fascista, que suplantó a la Liga Cooperativa Italiana, por considerarla, no como una asociación

libre—condición requerida por los Estatutos—, sino como una mera agencia del Gobierno italiano. Por idénticas razones se excluyó a las cooperativas rusas durante los años 1918 a 1922, en que estaban estatizadas, volviendo a ser admitidas cuando la Rusia soviética declaró libre la forma de asociación cooperativa.

No nos es posible entrar en detalles en cuanto a la composición de las fuerzas de la Alianza, pues el empeño requeriría un tiempo y un espacio de que hoy no disponemos. Pero bastará dar algunos datos característicos para formarse una idea de la importancia del movimiento y del significado de sus progresos. La Rusia soviética, con sus 73 millones de cooperadores, tuvo en 1930 un giro de 35.000 millones de rublos, cifra que se elevó en 1933 a 50.000 millones. La Gran Bretaña, con un contingente de cerca de 7 millones de familias (alrededor de 28 millones de personas)—contra 3 $\frac{1}{2}$ millones en 1916—, posee actualmente fábricas y talleres de todas clases, una flota de vapores, una banca propia, campos de trigo en el Canadá, plantaciones de trigo en la India, y ocupa una población obrera que se acerca a 300.000 personas. Sólo el Almacén al por Mayor inglés, una de las principales instituciones cooperativas, constituye actualmente la empresa industrial y comercial más poderosa de la Gran Bretaña. En Finlandia, la fábrica de cerillas cooperativa entró en competencia con un poderoso trust internacional y salió victoriosa de la contienda. Lo mismo ha ocurrido en Suecia con la fábrica de bombillas eléctricas "Luma", que se ha impuesto al trust que quería avasallarla.

* * *

Y entremos ahora a examinar brevemente lo ocurrido con ocasión del XIV Congreso de la Alianza Cooperativa Internacional celebrado en Londres del 4 al 7 del mes de septiembre. Porque los Congresos de la A. C. I., en mayor grado que los de otros movimientos—y la palabra movimiento adquiere aquí todo su valor—, son meros episodios de un vasto proceso, un alto en el camino, que, generalmente, dura cuatro o cinco días, el tiempo suficiente para revisar y reajustar las piezas de la máquina y volver a emprender la marcha.

Ahora bien; se tendría una falsa idea del Congreso de Londres—y de los demás que ha convocado la A. C. I.—si se atendiera tan sólo a las sesiones celebradas por el mismo; puesto que, con ocasión de la Asamblea general, se verifican reuniones importantísimas de organismos que forman parte integrante de la Alianza y que, por consiguiente, guardan una relación muy íntima con el propio Congreso. Por eso es indispensable señalar, aunque no hagamos más que enumerarlas, las Asambleas o Conferencias que se han reunido antes del Congreso y durante el tiempo que mediaba entre las diversas sesiones del mismo. Helas aquí: Escuela Cooperativa Internacional, que actuó desde el 25 de agosto al 1.º de septiembre; Conferen-

cia de la Prensa Cooperativa Internacional; Conferencia de la Liga Internacional de Cooperadoras; Conferencia sobre la Enseñanza Cooperativa; Conferencia del Seguro Cooperativo Internacional, y Conferencia del Almacén al por Mayor Internacional. Habría que agregar, además, para completar el cuadro, tres importantes reuniones celebradas, una por el Comité Ejecutivo y dos por el Comité central de la Alianza. Y, como remate, debe hacerse mención especial de la impresionante Exposición Cooperativa, instalada en el Crystal Palace, verdadero alarde de los resultados obtenidos por la técnica y la organización cooperativas.

El Congreso, que se abrió el 4 de septiembre y se clausuró el día 7, celebró ocho sesiones. Asistieron a él 504 delegados procedentes de veintiséis países distintos. Se hallaban también presentes, en calidad de invitados, el ministro de Trabajo de la Gran Bretaña, el presidente del Consejo Municipal del Condado de Londres, el presidente de la Conferencia del Desarme, el director de la Oficina Internacional del Trabajo, un representante de la Sociedad de Naciones, otro del Instituto Internacional de Agricultura y delegaciones de varios Gobiernos y organismos oficiales, entre ellos la del Gobierno de la República española y la de la Generalidad de Cataluña.

El principal órgano de los cooperadores británicos (1) escribía al terminar las sesiones: "Nuestro repórter ha asistido a todos los Congresos internacionales celebrados durante los últimos veintisiete años y ha presenciado en algunos de ellos espléndidas manifestaciones cooperativas; pero el brillante espectáculo del Congreso de Londres ha eclipsado a los más bellos y sugestivos de todos ellos."

Y no es que durante el Congreso todo fuese alegría y cantos de triunfo; pues, aparte la baja causada por el importantísimo movimiento cooperativo alemán y la situación delicada en que se halla todavía la cooperación en Austria, hubo que dar cuenta de los serios tropiezos dados por el Banco Cooperativo de Francia y por el Banco del Trabajo de Bélgica. Ernest Poisson, en nombre de los cooperadores franceses, y Víctor Serwy, en el de los belgas, explicaron valientemente, sin ocultar la gravedad de los hechos, el fracaso sufrido por aquellas organizaciones de crédito y los medios a que ha tenido que recurrirse para evitar las consecuencias fatales que de los mismos podían derivarse.

La discusión de la interesantísima Memoria presentada por el Comité central no fué objeto de grandes debates. Una intervención de los delegados de Hungría y de Finlandia, que buscaban el medio de hacer compatible con la A. C. I. organizaciones que se hallan en la situación en que se encuentra la cooperación alemana, provocaron réplicas muy enérgicas de los representantes de Polonia, Checoslovaquia y, sobre todo, de Rusia,

(1) *The Cooperative News* del 15 de septiembre.

que la gran mayoría del Congreso aplaudió con calor, porque se oponían a toda contemporización con el fascismo.

La parte más interesante de la Memoria del Comité central era indudablemente la que se refiere a la política social de la Alianza, que los rusos querían fijar ya en el Congreso de Estocolmo de 1927 y que, a propuesta de Albert Thomas, se confió al estudio de un Comité. Este Comité presentó un programa de estudios, cuyo texto damos en el Apéndice. Ernest Poisson, vicepresidente de la Alianza, hablando en nombre del Comité central de ésta, en un discurso que la Asamblea premió con grandes aplausos, hizo ver lo delicado de la cuestión a causa de los distintos regímenes instaurados en ciertos países, pero afirmó vigorosamente que la Alianza no puede convertirse en una Academia, ni tampoco adoptar una actitud pasiva ante los acontecimientos. Su deber, afirmó el orador, es oponerse a las tentativas de las fuerzas reaccionarias y continuar con firmeza la obra de creación y de coordinación en el campo cooperativo internacional.

"La aplicación de los principios rochdalianos" era un tema que forzosamente debía dar pie a un amplio debate. El Comité especial proponía que se estableciesen como principios fundamentales de la cooperación rochdaliana los siete siguientes:

1.º Adhesión libre; 2.º Control democrático; 3.º Devolución sobre el importe de las compras; 4.º Interés limitado sobre el capital; 5.º Neutralidad política y religiosa; 6.º Venta al contado; 7.º Desarrollo de la enseñanza.

El propio Comité sugería, por otra parte, que se considerase a los cuatro primeros como determinantes de toda sociedad cooperativa, y a los tres restantes "como métodos esenciales de acción y de organización, y no como reglas, cuya no observancia destruiría el carácter cooperativo de la asociación".

La delegación inglesa pedía que se desglosasen los puntos 5.º y 6.º, para someterlos a un nuevo estudio y fijar debidamente su alcance, sobre todo por lo que se refiere a la neutralidad política y religiosa. El debate que se suscitó sobre este delicado extremo evidenció que había una gran variedad de interpretaciones y que procedía revisar el dictamen para discutirlo de nuevo en el próximo Congreso. Así se acordó en definitiva.

El problema de la paz dió ocasión a que el ex ministro Henderson, presidente de la Conferencia Internacional del Desarme, pronunciase un elocuente discurso sobre la paz garantizada por la seguridad, el arbitraje, la reducción de los armamentos y—de acuerdo con el fin que persigue la cooperación—la supresión completa del lucro. El Congreso adoptó una moción (véase el Apéndice) de carácter general y en consonancia con los medios de que dispone el movimiento cooperativo.

El tema sobre la utilización de los asuetos, introducido por la delegación francesa, dió pie a un cambio de utilísimas impresiones.

El último punto del orden del día, sobre "El papel de la cooperación internacional en la evolución económica", tuvo como ponente al eminente cooperatista sueco Albin Johanson. El debate que se promovió alrededor de tan importante asunto merece ser leído in extenso por los estudiosos.

El texto íntegro de la resolución aprobada señala como misión propia de la Alianza Cooperativa Internacional la organización racional de la producción, el establecimiento de relaciones entre las cooperativas de consumo y las agrícolas, y la intervención, cada día más acentuada, de los Almacenes al por mayor nacionales, con el objeto de crear una organización económica internacional.

★ ★ ★

Dos palabras antes de terminar. Sirvan de excusa a la extensión de este artículo la relativa novedad de la materia y la escasa atención que hasta aquí se había prestado entre nosotros al movimiento cooperativo.

Precisamente ahora, que tanto se habla de economía dirigida y de economía planeada, es preciso volver los ojos hacia la cooperación, que constituye un ejemplo vivo de economía dirigida democráticamente organizada.

En todo caso, tanto los gobernantes como aquellos que directa o indirectamente intervienen en la cosa pública, deben forzosamente tener en cuenta, no sólo las realizaciones ya logradas por la cooperación moderna, sino también el papel decisivo que está llamada a desempeñar para resolver la angustiosísima crisis de consumo que pesa hoy sobre el mundo.

Libros y revistas

El revisionismo constitucional en Francia

L'heure de la décision, por André Tardieu.

El señor Tardieu está inquieto: es preciso reformar la Constitución. O revisión o muerte. En su destierro voluntario—y muy agradable—de la Costa Azul, piensa en la revancha. Revancha contra su compañero, en el Gabinete de "tregua" y de "pacificación de los espíritus", y colega en el secretariado de Estado sin cartera, Herriot, quien con hábil ma-

niobra torpedeó el Ministerio Doumergue y acompañó al señor Flandin al Poder. Revancha contra Flandin, desertor de las huestes "tardieusardes", quien ha pasado el Rubicón de la derecha para presentarse como segundo Waldeck-Rousseau, salvador de la República. Revancha contra la Francia republicana, que no ha querido nunca coronar de popularidad al ex lugarteniente de Clemenceau y escritor de los *Bulletins* cotidianos del *Temps*. La inquietud del señor Tardieu

tiene ya siete años de existencia y se ha hecho más áspera con la edad. Se manifestó por primera vez en *Devant l'obstacle* (Ed. Emile-Paul, París, 1927); se representó en la *Epreuve du pouvoir* (Ed. Flammarion, París, 1931); se precisó en *Devant le pais* (Ed. Flammarion, 1932), y estalló en 1934 con la *Heure de la décision* (Flammarion). En este último mes de 1934, el editor de *L'heure de la décision* publica *La Réforme de l'Etat*, un libro que contiene las "ideas fundamentales" de *L'heure de la décision*, cuyo fin es el de enseñar al mundo cómo las ideas revisionistas manifestadas por el señor Doumergue no pasan de ser las ideas que el señor Tardieu había manifestado con anterioridad al ex Presidente de la República, el *cuerdo de Tournefeuille*, a quien la maniobra de los radicales-socialistas ha enviado otra vez a meditar en el tranquilo pueblecito del Languédoc.

Tiene razón el señor Tardieu. Las ideas revisionistas del señor Doumergue tienen no uno, sino muchos padres. La averiguación de la paternidad sería muy difícil, a pesar de que el señor Tardieu se declara padre a todos los efectos legales —e ilegales— de la reforma de la Constitución de 1875. También el jurista—y liberalote francés— Joseph Barthélemy es padre de los proyectos de revisión constitucional del señor Doumergue; también el suave viejecito y adorador de cierta juventud *spéciale*, León Bailby, director del *Jour* (un periódico independiente que ha encontrado 80 millones de francos para asegurar la... independencia), es otro padre o, por lo menos, otra madre. Pero renunciemos a averiguar cuántos son los padres, para constatar que se conoce, por lo menos, un abuelo: el mariscal Mac-Mahon, el inventor del orden moral, de las candidaturas oficiales y de la consagración de Francia al Sagrado Corazón. (La monotonía de los grandes reformadores de las derechas de todo el mundo es asfixiante.) Que no nos reprochen mala fe nuestros queridos adversarios. La descendencia del abuelo Mac-Mahon no la afirmamos nosotros, sino un autorizado pensador derechista, el señor Charles Maurras. En efecto, es el

señor Maurras quien lo ha escrito en la *Action Française*: "Los hombres responsables de la política que llegó al motín de febrero, dijo el señor Doumergue, no quieren, en absoluto, responder de esta política ante el pueblo. Si el señor Doumergue hubiese pronunciado estas palabras veinticuatro horas más pronto y hubiese acompañado estas palabras con acciones correspondientes, se habría colocado en el primer plano de la reacción nacional. La revancha de Mac-Mahon se hallaba a cincuenta años de distancia. Pero está escrito en las estrellas que la revancha de Mac-Mahon no será republicana. El señor Doumergue no ha querido ir hasta el fin, y el fin ya no era la República, sino el rey. Basta examinar las ideas del señor Doumergue para apercibirse de que este señor reclama algo muy parecido a un rey. Su presidente del Consejo, armado para controlar a sus colegas, es el rey. Su Gobierno, autorizado a prorrogar el presupuesto del año corriente, es la monarquía parlamentaria del modelo pregonado entre 1883 y 1894 por el conde de París, que habría de llamarse Felipe VII. Bastaba observar la substancia de las reformas para ver el manto azul del rey, con la flor de lis en oro. El señor Doumergue acaso lo supiese."

Conque si el padre es Tardieu y el abuelo Mac-Mahon, el verdadero jefe de las familias de los reformadores *tardieu-sards* de la Constitución francesa de 1875 es el rey. Aviso a los navegantes que miran con esperanza más allá de los Pirineos para pedir otras reformas constitucionales.

Pero es preciso no equivocarse: ¿Es que nosotros defendemos la Constitución votada, bajo Thiers, por la Asamblea reaccionaria y antirrepublicana de Versalles? Claro que no. Sólo al señor Muret, gran periodista del *Journal des Débats* y de la *Gazette de Lausanne*, puede parecerle avanzada la Constitución francesa. Este señor ha expresado, entre un arroz a la valenciana y un homenaje a la fuerza pública ofrecido a los congresistas de esta inefable *Prensa latina* reunida en Toledo, la esperanza de que España llegue a la República conservadora que

Thiers propugnara para Francia, ¡sin poderla lograr! ¡Qué gracia tiene este señor Muret y su Prensa dependiente del *Comité des Forges*!

Que la Constitución francesa merezca una seria revisión, no hay duda. Pero, ¿es que esta revisión ha de retrasar a Francia en medio siglo y colocarla a los pies de un nuevo Mac-Mahon cualquiera? El señor Tardieu se enorgullece de ser un hombre *moderno*, muy moderno; de tener un sentido realista de la política; de ser enemigo de las fórmulas y de las ideologías. Pero su modernismo y su dinamismo están en las palabras, y su engaño precisamente en las fórmulas. Se dice que la revancha del señor Tardieu será próxima, y como se trata de un *hombre joven* de acción (en efecto, el señor Tardieu es un *joven* respecto al *cuerdo de Tournefeuille*: tiene poco más de sesenta años contra los setenta y cinco de Doumergue), tendrá la energía que el ex Presidente de la República no ha tenido—o no ha podido tener, a lo que parece, porque le faltó el Ejército para dar un golpe de Estado...

Vamos a ver lo que quiere, pues, el señor Tardieu. "El Estado moderno está dominado por una red de oligarquías que creen, como los grandes feudales de un tiempo, representar el bien público." Conforme. Pero, ¿quiénes son esas oligarquías y nuevos feudales? ¿Los grandes Bancos, el *Comité des Forges*, los grandes intereses industriales y financieros coaligados contra el Estado? ¡Ca! ¡Son los empleados del Estado y los Sindicatos obreros!

"En víspera de 1789 existían 60.000 personas que gastaban los impuestos que pagaba la Nación. Hoy 60.000 personas pagan las cuatro quintas partes del impuesto sobre el rédito en provecho de algunos millones de ciudadanos que constituyen la nueva clase de los rentistas sociales." Magnífico. Magnífico y falso. No hay que leer el presupuesto del Estado francés. El escándalo no radica en los Convenios entre Compañías de Caminos de Hierro y el Estado, mediante los cuales el Estado paga todos los años el déficit artificial de las Compañías,

mientras los administradores se dividen cada año medio millón por cabeza; el escándalo es el salario mínimo—una cosa así como 300 pesetas al mes—del obrero ferroviario. La clase de los *rentistas sociales* no es la de los banqueros que piden—y obtienen—1.000 millones para evitar la quiebra provocada por sus malas especulaciones, sino el Sindicato de los empleados de Banca; no es el de los molineros que compran a 75 francos los cien kilos de trigo y después piden una protección estatal que establezca el precio del trigo en 135 francos y haga pagar el pan al consumidor a un franco y 90 céntimos, sino el Sindicato de los campesinos. La modernidad de las teorías del señor Tardieu es tan admirable como la juventud de la señora Cecil Sorel: es el más típico furor senil maquillado de amor joven.

En toda la exposición de las fórmulas—y tópicos—del verdadero conservador de un *orden social*, que es sólo desorden social, político y económico, no se puede encontrar una alusión a la crisis económica, a sus causas y a sus remedios. Hay conservadores modernos que comprenden la verdadera base de la crisis del Estado moderno y se preocupan, pero el señor Tardieu ve sólo un problema de *autoridad* del ejecutivo. En economía, el señor Tardieu es un *liberal* moderno, es decir, libertad para que el capitalismo gane e imponga sus leyes, pero intervención del Estado para pagar con el dinero del contribuyente las pérdidas del capital. Ni tienen nada de seductoras las fórmulas del señor Tardieu, ni pasan de ser tópicos reaccionarios adornados con la trampa de siempre: *Es preciso restaurar el ideal*. ¡Ah, el ideal! El señor Tardieu, periodista que hoy disfruta una situación financiera cifrada en millones, conoce la *lucha por el ideal*. Basta de *régimen del número* y reformemos el Parlamento. *El diputado es un esclavo*. ¿Cómo libertarlo? Aquí está el señor Tardieu: dando al ejecutivo los medios de dominar al legislativo. Así la *dictadura* del Parlamento se acaba. ¿Que la dictadura pasa al ejecutivo? Nada de eso: el señor Tardieu llama a la dictadura

autoridad, y jura que él es un amante de las libertades. Incluso reclama el derecho de voto para las mujeres. ¿Qué más da cuando no vale nada el voto de las mujeres ni el de los hombres? El número no cuenta, y le molesta la *dictadura* parlamentaria de la mayoría nacional. Lo que quiere es un ejecutivo fuerte, y recaba para éste el derecho a disolver las Cámaras cuando las Cámaras se permiten oponerse al ejecutivo; la iniciativa en materia presupuestaria, para el ejecutivo; un sindicalismo a las órdenes del ejecutivo... Los hallazgos de este tipo abundan y podríamos seguir enumerándolos. Pero no es necesario. Hemos visto que tiene razón el señor Tardieu cuando afirma que las ideas revisionistas del señor Doumer-

gue eran las suyas. Es verdad; como es verdad que las ideas revisionistas del ex Presidente de la República eran también las ideas de los *Cruces de fuego* y otras más o menos pintorescas organizaciones fascitizantes francesas y de la Prensa del *Comité des Forges*, de la alta Banca, de los negocios claroscuros. En fin, también es verdad cuanto dice el señor Maurras: estas ideas son la revancha de MacMahon, el dictador clérigo, monárquico fracasado, revancha que no puede ser republicana... porque estas reformas son el rey, la monarquía, los viejos feudales, el manto azul con la flor de lis en oro.

¡Menudos reformadores modernos!...

A. N.

Libros recibidos

La invención del Quijote y otros ensayos, por Manuel Azaña. Madrid, 1934.

Historia de Filemón el Ateo, por Alfredo Lagunilla Iñárritu. Librería E. Prieto, Madrid.

Cerro nativo, por Carlos B. Quiroga. 3.^a edición. Buenos Aires, 1934.

Martí, por sí mismo, por Emilia Bernal. Habana, 1934.

La tragedia de Cuba, por Fernando G. Campoamor. Habana, 1934.

El divino Platón, por Santiago Argüello. Dos tomos. Guatemala, C. A. 1934.

Prismas interiores, por Nicolás Rubio Vázquez. Ambato, Ecuador, 1934.

El plan de Hitler, por Ernst Henri. Buenos Aires, 1934.

Ruth y Noemi, por Enrique Espinoza. Buenos Aires, 1934.

Hitler treibt zum Krieg, editado por Dorothy Woodman. Editions du Carrefour. París, 1934.

Del pasado y del presente, por Alejandro Castiñeiras. Buenos Aires, 1934.

El hombre importante (novela), por Alberto Gerchunoff. Buenos Aires, 1934.

Visperas de catástrofe (Panorama de la política internacional), por Jaime Menéndez. Madrid, 1934.



OBRAS DE LA "EDITORIAL ESPAÑA"

ALBERTO BOSCH, 10

MADRID

TELEFONO 15632

A LOS SUSCRIPTORES DE LEVIATAN SE LES SERVIRÁ LOS SIGUIENTES
LIBROS, FRANCO DE PORTE, CON UN 25 POR 100 DE DESCUENTO

M E D I C I N A

LO QUE DEBE SABER TODO DIABÉTICO, por el
Dr. Manuel Espejo. 8 pesetas.

CUESTIONES DE DIETÉTICA, por el *Dr. J. Pi Suñer Bayo*. 8 pesetas.

RADIOTERAPIA GINECOLÓGICA, por el *Dr. Sebastián Recaséns*. 8 pesetas.

TRIGEMINOTERAPIA, por el *Dr. A. Fröse*. 10 pts.

MANUAL DE PRÁCTICAS HIDROLÓGICAS, por los
Dres. Antonio M. Casado y Arturo Cervigón Díaz. 10 pesetas.

PSICOPATOLOGÍA DE LAS NEUROSIS, por el doctor
Angel Suils. 10 pesetas.

ENFERMEDADES DEL METABOLISMO, por el doctor
Erich Leschke. 12 pesetas.

MANUAL DE RADIOTERAPIA PROFUNDA, por el
Dr. Carlos Gil. 15 pesetas.

RADIODIAGNÓSTICO DE LAS ENFERMEDADES DEL
ESTÓMAGO Y BULBO DUODENAL, por el *Dr. Felipe Morán Miranda*. 15 pesetas.

ELEMENTOS DE BIOQUÍMICA, por los *Dres. J. Hernández Guerra y S. Ochoa de Albornoz*.
(Tercera edición.) 18 pesetas.

EL CÁNCER DEL ÚTERO, por el *Dr. Sebastián Recaséns*. 20 pesetas.

EL ASMA Y OTRAS ENFERMEDADES ALÉRGICAS, por
el *Dr. Carlos Jiménez-Díaz*. 60 pesetas.

COOPERATIVA ALFA

MANUFACTURA
DE MÁQUINAS
DE COSER



LA Cooperativa ALFA garantiza sus máquinas de coser de todo defecto de construcción o materiales por diez años. Envía catálogos gratis.

EIBAR (GUIPUZCOA)

EDITORIAL ESPAÑA

PUBLICARA
EN BREVE

LA TRAGICOMEDIA DE HITLER Y EL DRAMA DE ALEMANIA

— POR —

ISAAC
ABEYTUA



SE HAN PUESTO A LA VENTA LAS
SIGUIENTES OBRAS DE LA

EDITORIAL ESPAÑA

LA AMENAZA DEL FASCISMO

POR
JOHN STRACHEY
5 PESETAS

LA LUCHA POR EL PODER (¿MARXISMO O FASCISMO?)

POR
JOHN STRACHEY
8 PESETAS

EN BREVE SE PONDRAN A LA VENTA

REFORMISMO SOCIAL Y LUCHA DE CLASES

POR
PABLO IGLESIAS
PRIMER VOLUMEN DE LAS OBRAS COMPLETAS. - PRECIO: 4 PESETAS

FABULAS DEL ERRABUNDO

POR
TOMAS MEABE
PRIMER VOLUMEN DE LAS OBRAS COMPLETAS. - PRECIO: 4 PESETAS

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

A los suscriptores de "Leviatán" serán servidas con el 25 por 100 de descuento.

ADMINISTRACION: ALBERTO BOSCH, 10 - MADRID - TELEF. 15632